

Antología
**MUJERES
DE MI TIERRA**

Nuevos Relatos

Concurso Literario Provincial
de Relatos Cortos «Eufrosia Cabral»





Santa Fe
PROVINCIA

Índice

Prólogo Alicia Tate	<i>pág. 9</i>
Prólogo Laura Vizcay	<i>pág. 11</i>
Prólogo Beatriz Vignoli	<i>pág. 13</i>
Prólogo Claudia Montenegro	<i>pág. 17</i>
Huellas	<i>pág. 23</i>
Agustina Filippini - Rosario, Santa Fe	
Doña Marta	<i>pág. 33</i>
Sonia Lilian Sager - Malabrigo, Santa Fe	
Simplemente, Ella...	<i>pág. 35</i>
María Gloria Fernández Apud - Reconquista, Santa Fe	
La Maestra Caracol	<i>pág. 39</i>
Graciela Guadalupe Ribles - Santo Tomé, Santa Fe	
Luciana	<i>pág. 47</i>
María Lorena Laballén - Casilda, Santa Fe	
La mirada de Josefa	<i>pág. 53</i>
María Julia Porta - Santa Fe de la Vera Cruz	
Un contrato con la vida	<i>pág. 55</i>
María Cecilia Curti - Maggiolo, Santa Fe	

- La voz rosarina.** *pág. 59*
Agostina Alonso - Rosario, Santa Fe
- Doña Elena** *pág. 65*
Mariana Gabriela Gómez - San Jorge, Santa Fe
- Cuatro mujeres anarquistas de Rosario** *pág. 67*
Paulo Menotti - Rosario, Santa Fe
- Regina Zambón,
la partera de Villa Regules que también sabía curar.** *pág. 73*
Lidia Ocampo Romero - Firmat, Santa Fe
- Nicasia Achala** *pág. 77*
Graciela Nardín - Lezama, Buenos Aires
- Gladys, la nueva** *pág. 79*
María Teresita Braccia - Hughes, Santa Fe
- Jennifer** *pág. 83*
José Luis Forcinito Vidal - Florencio Varela, Buenos Aires
- El lapacho y el caracol** *pág. 87*
Mirta Leonor Rodríguez - Lanús, Buenos Aires

La nonna	<i>pág. 93</i>
María Sofía Abarca - Mendoza	
Gilgamesh	<i>pág. 97</i>
María Eugenia Carrú - Tostado, Santa Fe	
Superviviente	<i>pág. 99</i>
Juno M. Leone - Rosario, Santa Fe	
La Negrita	<i>pág. 105</i>
Antonio Miguel Yapur - Colastiné Norte, Santa Fe	
Escribir la vida	<i>pág. 113</i>
Mabel Lucía Pruvost - Esperanza, Santa Fe	

Antología

**MUJERES
DE MI TIERRA**

Nuevos Relatos

Prólogo

En estas páginas se encuentran veinte relatos que exploran la vida, las experiencias y los desafíos de mujeres de diferentes orígenes, culturas y épocas. Por medio de estas historias, se busca dar voz a esas protagonistas que, muchas veces, han sido relegadas en la narrativa tradicional. Cada relato presenta una mirada única y profunda sobre la cotidianidad, la lucha y la resiliencia de las mujeres en un mundo que generalmente las ha subestimado.

Desde figuras históricas olvidadas hasta heroínas de cada día, este libro se sumerge en la riqueza y la diversidad de las experiencias femeninas, desafiando estereotipos y rescatando la valentía de aquellas que se atreven a romper barreras. Estas historias, tejidas con sensibilidad y empatía, invitan a quienes las conozcan a través de la lectura a reflexionar sobre el papel que desempeñan las mujeres en nuestras vidas y en la sociedad. Sumergirse en estas páginas nos invita a conocer el universo de emociones, sueños y desdichas de cada una de ellas.

A través de la lente de la perspectiva de género, estos relatos buscan arrojar luz sobre las injusticias, desigualdades y desafíos a los que se enfrentan las protagonistas y todas las mujeres en su día a día. Sin embargo, también celebran la resistencia, la solidaridad y el empoderamiento que nacen de esas mismas adversidades. Cada historia es un recordatorio de la importancia de escuchar, comprender y apoyar las voces femeninas en todas sus formas. Un recordatorio para construir la sororidad que tanto necesitamos en estos tiempos.

En este libro encontrarás relatos de amor, coraje, sacrificio, negación, exclusión y también de esperanza. Desde las batallas cotidianas hasta las gestas épicas, cada página te invitará a empatizar con las experiencias únicas de estas mujeres y a cuestionar las normas y estructuras que limitan nuestros caminos.

Espero que disfruten de este viaje literario a través de la diversidad y la complejidad de la experiencia femenina. Que estas historias te inspiren, te conmuevan y te motiven a seguir luchando por un mundo más equitativo y justo para todas las personas.

Alicia Tate

Secretaria de Mujeres, Género y Diversidad

Santa Fe de la Vera Cruz, Santa Fe

Julio 2024

Prólogo

Hacia dónde dirijo la mirada

Prologar Mujeres de mi tierra; libro que rescata un saber sobre mujeres olvidadas, anónimas, aquellas inolvidables; y sobre género y diversidad a través de miradas cuyas narrativas intentan imaginar una sociedad libre de violencia machista y reflejar, en alguna medida, un ideario en el respeto a las diferencias atravesadas por las opciones de género.

También miradas que conllevan una tarea de alumbramiento, de reflexión histórica y, a la vez, pensar en una sociedad desnaturalizadora de mandatos instituidos.

Ver cómo las miradas que asoman en esta publicación, en sus instantes de alumbramiento, producen saberes que son para siempre.

En este recorrido de lectura y de captura de miradas, accedemos a ese instante en que la mirada de Josefa (una de las protagonistas que embellece esta publicación) observa al ave que vuela en círculos sobre las flores amarillas de una primavera reciente y, posado sobre una de ellas, parece flotar segundos... Segundos que transforman al personaje porque ve de otra manera, mira de otra manera, conmovida por un estado de inspiración que la llevará a encontrar su “forma de habitar el mundo”.

Otra captura, la mirada de la “Nonna” o Josefina cuando alumbrando un saber sobre la violencia que padece su nieta, un saber que construye una mirada inolvidable. O el alumbramiento que postula la crueldad en un giro que configura la autora en otro texto, al poner el foco en una

“delación que condena” por parte de jóvenes estudiantes que recurren a los beneficios de una plataforma: “YouTube”. Ese detenerse, en esa configuración clave en la historia, despierta una mirada que convoca y hasta exige una reparación visible, tanto como lo exige, en otro tramo del texto, la figura de la muerte de Jennifer, disfrazada a través de la leyenda caratulada “accidente en la vía pública”.

Los y las autoras crean escenas, personajes, historias que llaman a construir miradas, por ejemplo, cómo mirar y cómo mirarnos ante estas capturas que se construyen para, por ejemplo, cargar de sentido el grito sordo de “Luciana” al exclamar ahogadamente, “no quiero volver a casa”.

Las autorías de estos textos, como de otros, reunidos en esta publicación, lograron un acierto al plasmar el poder de la mirada, y ese poder de transformación que acude a través de ella, cuando la realidad interpela.

Mujeres de mi tierra llega para movilizar concepciones instituidas, miradas tibias, despertares. Fueron 20 miradas de escritoras y escritores de nuestra provincia y de provincias aledañas, las que, entre las 70 que concursaron, se hicieron eco en el profundo propósito del concurso.

Por todo ello, esta publicación hace camino al andar, y nos invita a cruzar nuevos desiertos y cargarlos de sentido, un sentido que nos aproxime a universos de libertad e igualdad, que generen un punto de inflexión ante una realidad que nos interpela a la hora de ampliar horizontes de interpretación, y posibles transformaciones que hagan imaginar una sociedad libre de violencia, libre de todo acto de dominación, libre de mandatos instituidos.

Disfrutemos este recorrido de la palabra por los 4 puntos cardinales de nuestra Provincia y apropiémonos de los dones de la mirada y su poder cuando se es consciente de hacia dónde se la destina.

Laura Vizcay

Reconquista, Santa Fe

Julio 2024

Prólogo

Una voz de mujer resuena todavía desde el balcón de la Plaza de Mayo, arengando multitudes, a través de tres siglos. Es la de la escritora Eufrasia Cabral.

Fue ella quien el 10 de agosto de 1890 pronunció su discurso de adhesión a la causa revolucionaria del 26 de julio (discurso conocido como “En la Plaza de Mayo”). Y lo dijo allí, en los balcones y salones de la Unión Cívica Radical, y en la casa del Dr. Dardo Rocha. Una voz de mujer tomó el espacio público, antes de la radio y de la televisión, y se levantó contra la tiranía, invocando la fuerza del pueblo. Aquella mujer transgredió los mandatos de género y se atrevió a ponerle el cuerpo a la política.

Como ella, hubo en nuestra provincia muchas otras, todas transformadoras, y ellas son las protagonistas de este libro. En este puñado de relatos se recuerda, desde dos autorxs diferentes, a Virginia Bolten y a sus compañeras en la militancia obrera anarquista. Se reimagina la sensibilidad de la pintora Sor Josefa Díaz y Clucellas, la primera artista mujer latinoamericana que firmó sus obras. Se evoca desde la gratitud y desde la cercanía a la escritora y docente Sara Zapata Valeije de García Facino.

Dos relatos distintos abordan la gesta de Ángela Peralta Pino, “la maestra caracol”. Ella desistió de un destino predeterminado de esposa y madre para poder llevar educación y cultura a los rincones más recónditos de los pueblos de La Forestal, donde se deshumaniza-

ban hombres, mujeres, niños y niñas en la explotación del quebracho. Se nos presenta en un perfil con elementos de reportaje y voz en primera persona la historia de vida de Mirta Alzugaray, mujer afrodescendiente que construye grupalidad con la economía social. Estos relatos celebran a todo tipo de mujeres. No sólo biológicas sino también mujeres trans, sobrevivientes del odio y de la represión: violencias reales y simbólicas que no debemos naturalizar, sino denunciar y combatir. Con un lenguaje adecuado a la crudeza de lo padecido, otra sujeta trans nos cuenta la historia de Marcela Daniela Viegas Pedro: la primera de las once “reparadas” por el Estado, y ejemplo de esa lucha. Otras mujeres, anónimas, también son protagonistas.

El rol de la escuela en la concreción de la igualdad de derechos se pone de manifiesto a través de la figura de la maestra que va a preguntar por aquella niña a quien una silenciosa opresión familiar de género (ya se trate de violencia doméstica/sexual o de trabajo infantil, o de embarazo adolescente o de todo eso) retira de la escolaridad, amputando su futuro como ciudadana plena. Sin alfabetización, no se accede a la información, y ese es el tema de otro de estos relatos. También encontramos la voz de una abuela que le transmite a su nieta, con sencillez, la noción de violencia de género y el derecho a una vida libre de violencias. El linaje de mujeres es vital en este libro.

No fue fácil elegir 20 de un conjunto de casi 70. Este concurso no se parece a ningún otro. Con gran tristeza debimos dejar afuera de la selección unos relatos muy bien escritos, que daban un testimonio detallado de costumbres de otros tiempos en nuestra provincia, pero que carecían de perspectiva de género. Sepan quienes los enviaron que su no inclusión en esta antología no debe ser interpretada como un juicio negativo de valor en lo literario. Santa Fe escribe muy bien. Quiero hacer llegar mi gratitud a las autoras y a los autores que enviaron sus relatos, y por supuesto a quienes me convocaron a leerlos. Siempre en la literatura encuentro felicidad. Pero aquí no se trata-

ba solamente de belleza, sino de la consistencia de un discurso político. Son 20 relatos cuya calidad literaria se disfruta pero que a la hora de elegir quedó en segundo plano, siendo el principal objetivo el de concientizar sobre problemáticas de género como solo la literatura, la historiografía local sensible y el periodismo de fondo pueden hacerlo: a través del detalle que conmueve, del retrato capaz de dar a conocer una vida.

No se han incluido aquellos textos que se remitían exclusivamente al dato duro. Elegimos aquellos que les dan carnadura a sus protagonistas: que las narran, las dejan narrarse y transmiten su experiencia. Y aprendí mucho de mis compañeras de jurado. Confío en que lo aprendido de ellas podrá manifestarse en mi escritura y en mi vida.

¡Brindo por más Eufrasias y por más escritorxs que las rescaten del olvido!

Y por más ediciones de este concurso y por más libros como este, brindo.

Beatriz Vignoli

Rosario, Santa Fe

Julio 2024

Prólogo

Estos veinte relatos nos devuelven la voz a las mujeres, el protagonismo y la hechura del mundo. Nosotras, las que hemos tenido la dificultosa tarea de la selección, hemos privilegiado la perspectiva de género. Con nuestras lentes violetas recorrimos los mundos que nos ofrecieron generosamente las autoras y autores. No fue más que conocer la desigualdad sobre la que está construida nuestra sociedad y con esas lentes violetas viajar por los renglones. Es imprescindible decir que las palabras de estos relatos están vivas y con esa vida, a mí, por ejemplo, me han quitado el sueño.

Una mujer recorre como un caracol poblado de tizas el norte de nuestra provincia y lleva con ella lo negado, lo retaceado, lo guardado para pocos, nada menos que saber, que conocer. Otras luchan desde su fe de anarquistas. Las hay músicas, maestras, escritoras, sanadoras que fuman habanos y no se quejan de haber mutado a otro mundo. Las hay que cabalgan entre dos mundos desandando los estereotipos, a esta la imaginé libre y feliz. Hay una niña que deja la escuela, víctima del abuso, y a ella otra mujer la busca sin darse por vencida. Una isleña lleva adelante un rito que nos recuerda uno de los ritos más ancestrales, se la privó de todo, pero fue imposible quitarle su humanidad.

Hay madres, hijas, abuelas que tejen la trama del linaje de las mujeres y pasan de unas a otras sus saberes, sus supervivencias. No hay heroínas, parece que se han dejado los héroes al patriarcado. Estas son cotidianas, cada historia me recordó a alguna mujer que conozco y

todas me recordaron que la empatía sostiene con brazos de mujer el mundo.

Tenemos una artista prófuga de una sociedad cerrada, que se exilia en un convento, pero no exilia su mirada y pinta antes que, con sus manos, con exquisitos ojos. Compartimos el dolor de Jennifer y la Superviviente, nos adentramos en sus vidas y en la ferocidad de la heteronormatividad. La Negrita nos interpela e interpela nuestra identidad, nos enfrenta a la construcción pretendida y negadora.

Escribí que estas mujeres no me han dejado dormir. Pensaba en ellas, en cómo contar de qué se trata este libro de veinte relatos y ellas trajeron a otras, algunas cercanas otras no. Son motivadoras, inspiradoras, reflexivas. Aplaudo a la Secretaría de Igualdad, Género y Diversidad por promover que conozcamos a las santafesinas y agradezco que me hayan hecho parte de este concurso, agradezco también a quienes participaron del certamen y tuvieron el deseo de presentarnos a mujeres reales o ficticias, ya que los personajes nos permiten ponerles los nombres que nos evocan. Es imprescindible nombrar a mis compañeras del jurado, Beatriz y Laura, también a Daniela con quienes nos entendimos amorosamente.

Cuenta la historiadora Mary Beard que nos han quitado la voz a las mujeres, la voz pública, y menciona la Odisea, en la que Telémaco, hijo de Penélope y Ulises, dice: «Madre mía, vete adentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y de la rueca... El relato estará al cuidado de los hombres, y sobre todo al mío. Mío es, pues, el gobierno de la casa». Homero retira a Penélope a sus habitaciones privadas. Escribir es una voz pública y nosotras no nos retiramos.

Bienvenidas y bienvenidos a conocer a estás santafesinas. ¡El aquelarre comienza ahora!

Claudia Montenegro

Santa Fe, Santa Fe

Julio 2024



Huellas

Agustina Filippini

Rosario, Santa Fe

- ¡Qué calor por Dios! –exclamé, entrando a darle un beso a mi abuela.

- ¡Pero nena... calores eran los que se sufrían en Santiago del Estero! Ahora uno tiene aire acondicionado, ventilador. A nosotros no nos quedaba otra que abrir ventanas. Me acuerdo que de noche sacábamos las camas a la galería y dormíamos todos ahí: mamá, papá, mis hermanos y yo. ¿Sabés cómo dormíamos? Teníamos unos catres portátiles que trasladábamos hasta la galería para poder dormir más frescos.

- Se me mezcla un poco esa parte de tu historia, Nanu –así bauticé a mi abuela hace ya muchos años no sé muy bien por qué, deduzco que por fonética con “abu”-, vos naciste en Calchín (Córdoba), y después se fueron para Santiago ¿y de ahí a Gálvez?

- No, de Santiago nos fuimos primero a Ceres y después a Gálvez y ahí ya nos quedamos todos para siempre. Yo tenía siete años cuando llegamos a Gálvez.

“GALVEZ”. En el mismo instante que pronuncia “Gálvez” sucede lo mismo que ocurrió y ocurre siempre. Una metamorfosis opera en su rostro. Le cambia de forma, es como si se ablandara la expresión y sus ojos claros comenzaran a brillar como los ojos de los chicos cuando están esperando que les den los regalos de cumpleaños o navidad. Esa imagen se repite una y otra vez cuando en cualquier conversación todos los caminos de la charla conducen a algo relacionado a “su”

ciudad –digo “su” ciudad porque así lo siente-.

En Calchín, Santiago, Ceres se nota que fue feliz, pero ninguna de esas localidades le llega a los talones a Gálvez dentro de su alma. Se nota a simple vista.

Pero mejor... vayamos hacia atrás. Tres hermanos. Dos varones y una mujer. Ella, la mayor. Sin embargo, ante la falta de recursos - ¿sólo materiales? - para que los tres hijos recibieran educación secundaria y universitaria, la sábana se cortó por una cuestión de sexos. En otras palabras, se garantizó la educación para los masculinos. La femenina, bien gracias, puede esperar. Por suerte, mi abuela fue la primera mujer luchadora de derechos femeninos que conozco y su realidad no ha sido para ella más que un estímulo que la impulsó a permanecer siempre en acción. Sin tener la intuición de que viviría tantos años -creo que todavía no conté que va por los ciento un año y monedas-, no dejé proyecto sin encarar. Todos ellos teniendo entre ceja y ceja la música y su ciudad. Mejor dicho –me corrijo- instalar el amor por la música en su ciudad.

Terminó la secundaria –ya de grande- y estudió música eligiendo como compañero de vida a su segundo marido: el piano. Viajaba cien kilómetros para poder cultivarse y recuperar los años donde su educación no fue priorizada –es así la vida ¿no? si uno no se prioriza, menos lo harán los demás-. Al día de hoy, no tiene reproches -al menos esa es la impresión que deja el modo en que se expresa-. Nada ni nadie la frenó. Una revolucionaria para el momento. Un torbellino de energía. Sin saberlo, estaba preparando su sostén y el de todo un movimiento cultural de la ciudad que tanto adoraba –y adora-.

¿Casualidad o causalidad? ¿Cuál determina a cuál? Lo cierto es que lo que pensó que nunca iba a tener, fue lo que le permitió vivir y sobrevivir también -pavada de mensaje para una nieta-. Digo sobrevivir refiriéndome a la soledad producida por la pérdida muy temprana de su compa-

ñero (mi abuelo) y el nido vacío de sus dos hijos (mi mamá y mi tío) que –como todos los adolescentes que quieren estudiar y no pueden hacerlo en donde habitan- terminaron la secundaria y partieron.

Como todo en la vida, tenía –al menos- dos opciones: el camino de la resignación o, en otras palabras, de vivir con actitud pasiva, y el otro, el camino de la acción, el de transformar su soledad en trascendencia. Contra viento y marea, intentar proyectarse, dejar algo para el universo, algo que persista aunque uno ya no esté. Como se habrán dado cuenta ya con estas pocas líneas, mi abuela eligió la segunda de las opciones.

Pero bueno, así como los padres cometemos yerros o –simplemente- descuidos, también tenemos algunas cuestiones que los hijos tendrán que agradecernos. En el caso de mi abuela, sus virtudes pueden haber sido producto de un excesivo y meticuloso empeño y conducta. Sin embargo, una mujer así no nace de un repollo. Su personalidad se vio influenciada profundamente por una combinación de rasgos heredados de sus ancestros: el carácter de su padre –un inmigrante catalán que vino a probar suerte a este país-, la picardía y la buena mano para la cocina de su madre –una mujer sumamente graciosa y sagaz que tuve el gusto de conocer-, la valentía y seguridad que le generó el amor de mi abuelo (su marido) y el amor por el arte heredado de su tío materno. Respecto a este último, concretamente ha sido él quien, tras advertir que la niña de la familia no había tenido la posibilidad estudiar, la impulsó a aprender piano teniendo como objetivo un futuro laboral como profesora de ese instrumento –en ese entonces en los pueblos chicos era una salida laboral interesante, como la de modista-.

- Todos los veranos venía mi tío Antonio, el hermano de tu bisabuela ¿Te conté la historia? Él era muy culto porque lo habían mandado a estudiar a Buenos Aires. Sabía muchísimo de música y de literatura. Él fue quien me enseñó a tocar el piano. Además, como era ciego, me hacía leerle libros a la hora de la siesta. ¡Las obras que le habré leído! ¡Pensar que yo tenía doce años y ya leía literatura del siglo de oro español!

- ¡Ah, que capo el tipo! Un evolucionado para la época. Entonces, algo habrá tenido que ver con tu formación, Nanu- aseveré.

- Y sí, tantos veranos compartidos... Los recuerdo como si hubieran sido ayer. Me introdujo al mundo del arte, sin dudas. Una suerte haberlo tenido- me dijo con un dejo de nostalgia en su tono de voz.

- Ya que estamos de charla, ¿me contás otra vez la historia de cómo se armó el coro de Gálvez? - le pregunté.

- Imagino que te referís al Polifónico de Gálvez –está bien la aclaración porque fundó y dirigió mil quinientos-. Mirá ...tu abuelo amaba la música. Tocaba el violín. ¿Sabías? - me dijo

- ¡Podés creer que no! - le respondí con el asombro propio de quien se entera de algo trascendente de la historia de sus orígenes recién a sus cuarenta y siete años.

Tenía la sensación de que alguna vez había escuchado que lo comentaron, pero no era algo que tuviera como certero dentro de mi base de datos genealógica. Ahora que me lo dijo, se me vino a la cabeza el recuerdo de una imagen de un violín dentro del ropero de la pieza que era de mi mamá y mi tío.

- “Bueno, sigo... en aquél entonces resulta que tu abuelo era el presidente de una asociación que promovía la cultura en Gálvez. Se llamaba "Amigos del Arte". Y, entre esas actividades que organizaba, él logró contactar y llevar a Gálvez al Coro Estable de Rosario dirigido por Cristián Hernandez Larguía”

- “¡Cristián, sí, el que fue director del Pro, el de mi mamá!” – exclamé como hago cada vez que la vida me demuestra que todo tiene que ver con todo, que todo es circular. Inmediatamente pensé, ¡qué loco!, cómo mi abuelo ese día, sin quererlo, le mostró un camino a mi mamá que hasta el día de hoy la hace tan feliz –aclaro que “Pro” es el diminutivo que usamos internamente en nuestra familia para referirnos al Conjun-

to Pro Música de Rosario, conjunto al cual mi mamá pertenece desde antes de que yo nazca-. No tardé ni un segundo en pensar qué puertas abrimos u opciones damos como padres, cotidianamente, a nuestros hijos. Nada puede dejarse librado al azar, hay que estar atento a todo cuando se trata de hijos. Aún las elecciones propias de nuestra adultez, pueden –“o van a”- tener un rebote mediato –o inmediato- en la vida de los que vienen debajo de uno.

- Sí, sí. Bueno, a Cristián vos lo conociste, claro. La cuestión es que tu abuelo, con su oído refinado y culto, no paró hasta lograr llevarlo a Gálvez para que su ciudad tuviera acceso a esa exquisitez. Y así ocurrió.

-Y... ¿entonces? –pregunté.

-Y... el pueblo se enloqueció. Quedó fascinado y así es que nació el Coro Polifónico de Gálvez. Ese fue el puntapié, querida. Fue una idea de tu abuelo. Esa es la historia. Después me arremangué yo, pero la idea fue de tu querido abuelo. Otro día te cuento cómo lo formó porque ahora me tengo que ir a la peluquería- me dijo apurada -sí señor, mi abuela de ciento un años todos los jueves concurre a una peluquería, no entendió mal-.

De este coro, que en el corriente año se encuentra celebrando sesenta y cinco años, mi abuela fue co-fundadora y vice- directora dando el puntapié inicial a un movimiento coral muy importante, habiendo sido declarada la ciudad “capital nacional del canto coral”. Paralelamente, formó el Coro de la Escuela Superior de Comercio N° 44 (una de las escuelas más conocidas de la ciudad) y fue docente de música -hasta que se jubiló- en el Colegio Ntra. Sra. del Calvario (el otro colegio más conocido de la ciudad), para finalmente crear el Coro Femenino de este último colegio siendo directora por más de veinte años y, como si la participación activa en la vida coral de la ciudad hubiese sido poco –nada le parece poco a mi abuela- fue también la fundadora del Coro Masculino de la Escuela Industrial. Al día de hoy, se emociona cuando

habla de cualquiera de “sus coros” y conoce a cada uno de los integrantes que pasaron por sus manos y hasta mantiene contacto con ellos y sus familias.

En más de una oportunidad, cuando entro a su casa a visitarla, ella está hablando por teléfono fijo con alguno de ellos. Me doy cuenta rápidamente por sus movimientos, su tono de voz alegre y su risa lista para salir al campo de juego. La vitalidad se apodera del cuerpo.

Siempre hago lo mismo, la dejo hablar sin asomarme así termina la conversación tranquila. A veces, directamente cierro la puerta, hago algún mandado por la zona y vuelvo luego. De ninguna manera le interrumpo su momento de conexión con su yo más deseado. Nunca le cortarías esas charlas con su gente que la mantienen viva, que la acompañaron tanto durante toda su vida, que fueron los móviles que la hicieron levantarse día a día. Otras veces, elijo quedarme quieta, haciéndome invisible –convengamos que no es tarea difícil porque ha perdido la visión a larga distancia-y la miro y escucho tratando de que me queden grabadas sus expresiones. Reflexiono internamente agradeciendo el descubrimiento de los teléfonos. Hoy son su cable a tierra.

Es que los coros en la vida de una directora de coros, son como verdaderos hijos. No cada persona en forma singular sino más bien la suma de todas ellas como parte de un todo. El coro vendría a ser el hijo y cada persona que lo forma algo así como los órganos necesarios para que ese hijo viva. Algo así, no sé.

Volviendo al currículum de mi abuela y su extenso legado cultural, le toca el turno a su cargo como Secretaria de Cultura de la Municipalidad de la ciudad de Gálvez. En ese cargo pudo efectuar los trabajos necesarios para concretar el proyecto del Museo de Artes Visuales. Además, intervino como jurado en importantes eventos musicales regionales siendo el más conocido el del Festival Pre-Cosquín Sub-sede Gálvez

durante veinticinco años. Si no estoy inventando, creo que fue varias veces jurado de la Sole, entre otros hoy famosos intérpretes –prometo confirmar este dato para el próximo relato-.

Por último, resta citar toda la labor realizada como creadora y directora del Liceo Municipal de Música de la ciudad. En otras palabras, una casa que posibilitó que todo aquél que quisiera aprender música, pudiera hacerlo en su ciudad sin tener que viajar a otros pueblos o hasta Rosario –si hasta ahora el lector no googleó dónde queda la ciudad de Gálvez van dos aclaraciones: una, NO es Villa Gobernador Gálvez (confusión popular), y la otra es que su ubicación es a 120 kilómetros de Rosario-. Participó de su organización en todos los niveles y planes de estudio, también gestionó la formación de la Carrera de Educador Musical con título terciario de cuatro años de duración –con reconocimiento ministerial- posibilitando que todos los alumnos tengan una salida laboral como docentes de nivel inicial y primario, estudiando en su propia ciudad.

A sus noventa y un años, todavía vigente y con alguna que otra actividad en su haber –se me vino a la cabeza una muestra de foto-poemas cuyas fotografías eran de su autoría en concordancia con poemas escritos por una amiga-, fue reconocida por su amada ciudad como “Ciudadana Ilustre”, ratificándose tal declaración el año pasado como festejo de sus cien años.

-Nanu, se vienen tus cien años, ¿cómo querés festejarlos? – le pregunté cuando se acercaba el 27 de octubre de 2022. Acabábamos de salir de la famosa pandemia generada por ese bicho que ya negué hasta como se llama.

Alguien dice –un cantante o una frase de Facebook (nunca fui muy precisa a la hora de efectuar citas)- que mejor recordar sólo lo que nos hizo feliz - ¡qué vivo! ¡cómo si fuese fácil! -. En este punto debe existir unanimidad en el planeta: lo que hemos vivido en la pandemia ha sido

desgarrador en todo sentido. En el caso de mi abuela, el covid –ahí me acordé- nos obligó a expatriarla a Rosario debiendo abandonar su lugar en el mundo. No nos juzguen, no nos quedó otra opción. Nadie podía seguir viviendo –mucho menos alguien con noventa y ocho abriles encima- sola, en épocas donde nadie podía tener contacto con nadie, existían prohibiciones para circular, en fin...todo lo que todos ya sabemos y, según el dicho, es mejor olvidar.

-No sé, no quiero hacer nada. Aunque en realidad, debo confesar que tengo clara una sola cosa: me gustaría estar en Gálvez ese día. No es que quiera recibir a nadie, sólo quiero estar ahí. Con eso sería feliz – me dijo al pasar como quien pone sobre la mesa una idea que no se anima a hacer saber pero que, a su vez, es tan fuerte que no puede reprimir.

El día de su centenario caía un jueves, día laborable para todo el mundo –incluidos nosotros que éramos quienes queríamos acompañarla-. No cualquiera tiene una madre/abuela/bisabuela que cumpla cien años y esté en perfectas condiciones como para disfrutar su día, así que lo mínimo que podíamos hacer era cumplirle su deseo. Un centenar de ramos de flores, llamados telefónicos de forma constante, visitas sorpresivas y hasta un grupo de coreutas la sorprendieron cantándole, en la vereda de su casa, el famoso cántico dentro del ámbito coral: “Por muchos años, por muchos años, años, viva, viva, viva por muchos años, que viva Carmen” –en esta parte del relato, el que conozca la pieza musical está autorizado a cantarlo en vez de leerlo-. Unos días después, fue el festejo formal, con acto protocolar y concierto incluidos, en la Biblioteca donde el coro realizaba y realiza sus ensayos. Fue una ceremonia muy emotiva. Los ojos de emoción de todos los presentes reflejaban un amor hacia mi abuela que se asemejaba al nuestro. Ahí terminé de asimilar una idea que, a decir verdad, supe toda mi vida: para ella, la gente de Gálvez fue -y es- también su familia. Los amores correspondidos son un milagro de la existencia humana, y este es uno. Hay un vínculo inquebrantable entre ella y la gente de su ciudad. Se me

viene a la mente una frase que ella siempre cita: “Algo nos une para siempre, hemos cantado juntos”.

Unos años antes, en el Liceo—su querido liceo- colocaron una placa en el salón de actos con su nombre, en homenaje a todo el trabajo que ella efectuó para lograr efectivizar su creación.

Con seguridad, estoy pasando por alto algún reconocimiento más.

Estoy convencida de que los reconocimientos hay que hacerlos en vida, si no ¿para qué hacerlos? No está comprobado que exista vida después de la muerte así que mejor asegurarnos de que puedan disfrutarse en persona los elogios y los mimos. Que todo ese amor lo pueda sentir, que le vuelva todo lo que dio. De hecho, parte de ello son estas líneas de una nieta que no hace más que dimensionar lo que alguien de su tronco ha sido capaz de generar.

La música conecta, enriquece y nos salva. Es una extensión del alma.

Un pueblo que canta es un pueblo que se expresa. Un instrumento es una herramienta para toda la vida. Mi abuela lo supo ver y dedicó completamente su vida a ella, la música, para que todos los que así lo deseen puedan disfrutarla. Así la adora su ciudad. Ese es su mejor premio. ¿El mío? Sin dudas, el tenerla como ejemplo de tenacidad, perseverancia, compromiso, dedicación, vocación de servicio e integridad.

Creo que el único reproche que tiene actualmente con la vida, es que la longevidad hizo poner en jaque su lealtad con su ciudad, viéndose obligada a exiliarse más cerca de quienes la cuidamos. Ahora nos toca tenerla cerca a nosotros, su familia de sangre. Los que, aunque la sentimos siempre presente, tuvimos que aceptar su decisión de quedarse a vivir lejos nuestro toda su vida.

-Agus, vos que siempre me andás preguntando por anécdotas. Me acordé de una. Tu abuelo era muy gracioso. Siempre estaba haciendo bromas. Era observador —existe una profunda relación entre el ser

observador y tener sentido del humor pero no es tema para este relato-. Resulta que una vez estábamos esperando para ensayar con el coro de San Genaro. Cuando llegó el director del coro, de nombre "Falco", se ve que a tu abuelo le llamó la atención que fuera totalmente calvo. Cuando lo saludó le dijo "Buenas tardes Señor Calvo". ¡No te puedo explicar cómo nos tentamos todos y no nos podíamos parar de reír! Una chica contralto me decía "Carmen, me orino". ¡Qué risa! Todos tentadísimos y tu abuelo serio, ni una mueca se le hizo en la cara. No me olvido más. ¡Qué hermosas épocas!

La escucho, la miro, me río con ella. Pareciera que estamos ahí, juntas, como si la distancia temporal y generacional quedara suspendida por un instante y fuéramos contemporáneas.

Las anécdotas nos permiten eso. Nos llevan y traen, nos encienden. Nos hacen re-vivir la historia.

Le observo sus manos, esas fieles compañeras de una vida eterna, testigos de niñez con aromas a norte, manos creadoras y divulgadoras de música, manos que saben emerger desde la profundidad sorteando el vacío de la soledad. Manos fieles, comprometidas, vigentes, presentes.

Tomá las mías, querida abuela, y seguí recordando historias así me voy de paseo por tu vida con vos. Cada segundo que pasa me siento afortunada de ser tu nieta y, más aún, de tenerte todavía conmigo. Contame ¿qué se siente haber pasado por esta vida dejando huellas?

Doña Marta

Sonia Lilian Sager
Malabrigo, Santa Fe

Querida abuela:

Hoy me despertó el inconfundible olor a tus dulces de mandarina, te vi sentada es la silla petisa junto a un canasto lleno y tu olla dulcera. Marta, Doña Marta, hermana del fundador de Malabrigo, don Federico Carlos Sigel, madre de 11 hijos. Integrante de las primeras Damas de beneficencia, que donaron el edificio de la escuela alemana, para que funcione el hospital y luego se transforme en la primera escuela secundaria de la localidad. Fuiste mi abuela, esa abuela con olor a lavanda, mirada de ángel, besos con sabor a caramelo, mi abuela transformada en ángel en la tierra.

Hoy tus recuerdos llegan a mí, empujados por ese enorme sentimiento guardado en mi corazón. Cada sábado, cuando llegaba a tu casa, te encontraba sentada ante una gran mesa, frente a una taza de malta caliente, acunada por el canto de los canarios y el perfume de los jazmines. No olvido tu sonrisa al verme parada en la puerta, me hacías sentar junto a vos, me convidabas de tu taza un poco de malta y la infaltable rodaja de pan casero, untado con tu mermelada de mandarina. Lo más rico que había probado.

Doña Marta era un ser transparente, cálido, trabajador. Desde que se levantaba hasta que se acostaba, vestía batones prendidos adelante con dos bolsillos, en los que guardaba un pañuelo y los fósforos, porque según ella allí no se humedecían. Tuvo la primer librería en Malabrigo: venta de cuadernos, lápices, goma, las revistas Caras y caretas,

Billiken. Para pascua vendía los conejitos, gallinitas de chocolate y los huevitos de yema. Los niños iban allí a hacer su encargo.

Días antes de pascua, se pasaba noches enteras hirviendo huevos de gallinas y pintándolos, como solo ella sabía hacerlo. Eran obras de arte, después regalaba a los niños que pasaban, ese día por la calle y a nosotros, sus nietos. Era lo más bello que recibíamos: los huevos que el conejo nos había dejado en su casa.

Era una arañita tejedora, todos los ratos libres solía tejer, tejía y tejía. Su hilo era tan fino que reproducían a los de una verdadera araña. No había niño por ese tiempo que no tuviera una gorrita y escarpines tejidos por ella. Formaba parte de las damas de beneficencia del hospital. Llevaba allí para los niños que vinieran al mundo sin nada, era pura ternura y solidaridad.

Crió 11 hijos sola sin ayuda de nadie, porque su esposo había quedado ciego. Tanto para sus hijos como sus nietos fue un ejemplo a seguir.

Gracias por cada momento vivido, por tus caricias, tus sonrisas cómplices, tus

abrazos tan cálidos y sanadores.

Marcaste un antes y un ahora en todos nosotros y en nuestro Malabrigo.

Simplemente, Ella

María Gloria Fernández Apud

Reconquista, Santa Fe

“Cada vez que necesito ver más claro, enciendo un poema”.

Estábamos cursando el primer año del Profesorado de Lengua, Literatura y Latín. El calendario apuntaba con rojo el año 1978, plena Dictadura militar. Ese día, teníamos las horas de la cátedra de Literatura Griega, desde las 21 hasta 23:10 horas. Era una noche muy fría de junio. Los alumnos estábamos con ganas de irnos. Nos escondimos en el baño que estaba al lado del salón y espiábamos desde ahí, la escalera que estaba inmediatamente después. Nos congelamos cuando vimos subir una cabellera colorada oscura y luego, un traje amarillo que caminaba hacia nuestro salón a paso silencioso.

-¡Chicos, la profe!- todos nos escondimos, hasta que sentimos bajar los mismos pasos, con el mismo ritmo, que habíamos escuchado al principio. Era hora de bajar la escalera para huir.

-¡Qué estúpidos! teníamos que continuar las fichas de la Iliada y la Odisea. Nos perdimos mucho.

-Sí, pero hace mucho frío- dijo la más grande de todos y la que decidió irse de esta vida, antes que nosotros.

A la semana siguiente, llegaron las horas de la clase de griego. Todos esperábamos en el aula. Ella entró con su paso leve y su figura larga. Nos dijo con su voz chiquita:

-Mis queridos alumnos de Jardín de Infantes, la próxima vez, les doy clases en el baño.

Se sentó, sacó las fichas de lectura y entre la sucesión de Menelao, Helena, Paris, Aquiles, Héctor, Patroclo, Ulises, Penélope, Telémaco que protagonizaron los grandes conflictos de la Humanidad, llegó el fin de las dos primeras horas. Se paró, sacó un cigarrillo y una caja de fósforos patito 222, detalle que nos sorprendió en manos tan sutiles.

-Chicos, ¡qué frío! Pobres, ¿no se van? ¿Con quién tienen ahora?

-Con usted profesora, hasta las 23:10. Esa capacidad de despegue de la realidad, la caracterizaba con fidelidad. Era la genialidad y el despiste andando, un cóctel perfecto. Volvió a abrir el portafolios, mientras nos mirábamos como que éramos la representación exacta de la imbecilidad: "¿Por qué habíamos hablado?".

Pasó el tiempo, cursábamos el segundo año, y la cruzábamos en los pasillos, en la calle y ella siempre afectuosa cuando nos veía. A mí y a quién fuera mi compañero de entonces y de ahora también, pero de la vida, nos quería de una manera especial. Nos había sacado "la ficha" y bueno, lógico que se diera cuenta, era la que nos hizo leer obras que fueron la matriz del amor, los viajes y las guerras. Y aunque parecía vivir volando, tenía una inteligencia y capacidad de observación notorias.

Con el tiempo, la descubrimos como escritora y no podíamos creer que una persona a la que le gustaba pasar desapercibida, fuera tan talentosa y comprometida con la realidad. Cuando fue nuestra profesora, nunca nombró su obra como escritora. El tiempo pasó, yo tuve dos varones a los que ella llamaba: "mis sobrinos". Y un día les regaló un libro de cuentos de su autoría: "Cuentos de Pan y Manteca".

Yo ya estaba recibida y tenía que viajar para dar clases. Cuando llegaba a mi casa, a las 24:00, mis hijos me esperaban para que les leyera cuentos.

-Queremos los cuentos de la tía: Lee "Sombrilla de Maravilla", ahora,

“Temible Cratacrá”. Dale, lee “Valiente velero” y así con placer, leíamos tirados en la cama. Mis hijos crecieron en el barquito de papel de la tapa, que con tanto uso se perdió en los mares lejanos de la niñez.

Me enteraba de los premios que obtenía, de su caminar literario. Una grande. Con el tiempo, me dijeron que se fue raudamente, sin hacer ruido, pero dejó un estallido de fuegos de artificio que aportaron magia y belleza a nuestras vidas. La maga se llamaba Sara Zapata Valeije de García Facino. Para nosotros, simplemente, “Sarita”.

La Maestra Caracol

Graciela Guadalupe Ribles

Santo Tomé, Santa Fe

Ángela se acerca. La escuela rodante, es un viejo vagón del ferrocarril pintado de blanco, en el frente una bandera Argentina lo identifica.

Al ingresar no puede evitar la emoción, ha sido acondicionado para cumplir dos funciones. Escuela- Hogar.

El aula tiene capacidad para 32 alumnos, con pizarrón, pupitres y un armario.

El otro ambiente destinado a vivienda del maestro consta de un pequeño dormitorio, cocina y baño, un generador a batería permite la iluminación.

Es el año 1940, ella está en pleno preparativo para su boda.

Después del recorrido vuelve a su casa, entra en la habitación, se recuesta en la cama y mira hacia arriba.

El cieloraso esta pintado de color blanco al igual que las paredes, colgado de una percha frente al espejo el vestido de novia.

Angela siente que su vida está atrapada en el vagón blanco de la escuela.

“Todo es tan blanco” Piensa.

El 26 de marzo de 1940 Angela Peralta Pino acepta convertirse en la maestra de la escuela rodante a pesar de que aún no tiene la carrera de magisterio terminada. Tiene 39 años.

El vagón se pone en marcha, Angela piensa en su familia, en todo lo

que deja atrás, en el hombre que ama.

Recuerda el adiós, la figura masculina cerrando la puerta de manera sutil, como si así pudiera aplacar el dolor de la ruptura.

Cierra la ventanilla, sobre uno de los pupitres un libro, es el libro favorito de él, lo apoya contra su pecho, la acompañará en esta aventura.

En el año 1906 una compañía inglesa vino en busca de tanino al norte de la provincia de Santa Fe. Fundó numerosos pueblos, tendió 400 km de rieles y llegó a tener 20.000 empleados.

En la cuña boscosa santafesina, como área geográfica de mayor riqueza forestal de quebracho colorado, se instalaron varias fábricas a pesar de la escasa densidad poblacional.

La Forestal resolvió el problema de la falta de mano de obra a través de la inversión en infraestructura adecuada para atraer trabajadores al monte y retenerlos allí, desvinculándolos de cualquier otra actividad laboral.

De esta forma, surgieron en la soledad de los bosques de quebracho colorado, los pueblos fabriles, o como fueron nombrados en su momento "pueblos forestales".

En los obrajes de estos pueblos, viven familias muy pobres, son los que más sufren, están mal pagos y hambreados, se las arreglan como pueden.

Hay muchos niños, el pobre siempre tiene muchos hijos. Las mujeres van de un lado a otro con los críos, siguiendo al marido que va a hachar, esa es su vida.

Angela, la maestra caracol, va en busca de estos niños, con el anhelo de enseñarles a leer y escribir.

El tren se detiene, el pueblo está conformado por algunas construcciones, la administración, la casa del capataz, ranchos para peones, el almacén de ramos generales, panadería, carnicería y una que otra vivienda particular.

En el andén, hombres de tez morena y brazos firmes de tanto hachazo.

El vagón blanco es una novedad, causa revuelo en los lugareños.

Un tractor retira el vagón escuela de la vía, Ángela recorre con la mirada el lugar, está decidida a llevar una vida de compromiso, renunciamiento y dedicación. Ella no sabe que es el comienzo de un recorrido que durará 22 años.

Los Guasunchos, Los Quebrachales e Itapé; las zonas rurales de Santa Margarita, Los Guanacos, Las Cuatro Bocas, El Mate, Las Colonias, La Avanzada, La Carreta, La Hiedra. Son los lugares en donde esta maestra rural dejará el sello de una mujer determinada a enseñar, ayudar y escuchar.

El vagón blanco se llena de niños, pocos tienen guardapolvos, la mayoría se pone la mejor ropa para ir a la escuela, la maestra los recibe con su impecable delantal blanco.

La bandera Argentina flamea y la tiza rechina en el pizarrón.

En el medio de la nada hay que ahorrar recursos y arreglarse con lo que se tiene.

- Pedro, presta atención, sino vas a ser un bruto como tu padre y tu tío—dice Angela.

- Yo quiero ser hachero—responde el niño.

- Pedro, si no sabes los números no vas a poder contar la plata cuando te paguen—dice un compañero

El niño se queda pensando.

- Tiene razón Señorita—responde, mientras se pone a practicar las sumas.

- ¿Saben por qué no vino Clarita?—pregunta la maestra.

Uno de los niños levanta la mano.

- Tuvo que ir a trabajar con su mamá a la casa de uno de los patronos.

- Clarita tiene seis años ¿cómo va a trabajar?

- Acá todos trabajamos, el capataz dice que no hay edad para el trabajo.

Ángela aprieta la tiza hasta quebrarla entre los dedos.

Cuando la jornada termina Angela camina hasta el obraje, lleva un cuaderno y algunos lápices.

Los ranchos de adobe y paja se amontonan, al igual que los perros, el olor a agua servida y a tanino se combinan creando una fragancia poco agradable.

El sol araña el cielo queriendo ganarle la pulseada al atardecer.

Angela hace sonar las palmas frente a un rancho, la mamá de Clarita se asoma, cuando ve que es la maestra intenta acomodarse los pelos oscuros que asoman por debajo del pañuelo.

- Buenas tardes, señora—saluda Angela.

- Buenas tardes, maestra.

- Vine a traerle a Clarita lo que dimos en clase.

- Gracias señorita, pero la Clarita no va a poder ir por unos días a la escuela, tiene que ayudarme con la limpieza de la casa grande.

- Pero si es una niña pequeña—insinúa Angela.

- Hay muchas cosas que uno no quiere decirlas, porque son dolorosas. En primer lugar, porque pasamos tanta mala vida. A veces señora, a la noche no se puede

dormir del polvorín que hay y al otro día tenemos que trabajar—dice la mujer.

Cuando Ángela regresa a la escuela intenta entender la vida de estas personas, sabe que más allá de las clases va tener que ayudarlos de otra forma.

La historia se repite en cada paraje, en todos los pueblos.

Las mujeres de los obreros y los niños venden bebidas en los obrajes, algunas son empleadas en los almacenes de la fábrica, domésticas de los jerárquicos. Sostienen sin remuneración la fuerza de trabajo en el norte santafesino

La familia es la compañía necesaria para los hombres, la mujer es la que cocina, cría a los hijos y realiza con ellos el desbaste (limpieza de los maderos) y lo hacen sin paga alguna.

Nada detiene a Angela, ella y la escuela rodante siembran sueños y esperanza.

La maestra caracol tiene un corazón noble, generoso y valiente.

Algunas noches en la soledad del vagón, cuando la nostalgia invade los sueños acuna el libro que fuera de su amado y piensa si la elección hubiera sido formar una familia como sería hoy su vida.

Angela encuentra en la cara de cada niño, en la sonrisa agradecida de cada madre, en el apretón de las manos ásperas de cada papá, a la familia.

Una familia numerosa a la que contiene y por la cual es contenida.

Ángela Peralta Pino, la maestra "caracol", falleció en 1991.

En la actualidad, el vagón escuela se encuentra bajo un algarrobo en el Museo Histórico de la Ciudad de Tostado, Provincia de Santa Fe.

Dicen que en los parajes despoblados que dejó la Forestal y que Angela recorrió enseñando, se escucha esta canción cuyo autor desconozco, quizás escrita por uno de sus alumnos inspirados en la vocación de esta mujer ejemplar.

Del monte llega una voz

Del monte llega una voz
de adentro de la madera,
el que le presta atención
no escucha una voz cualquiera.
Escucha la voz de un ángel
que está enseñando en la escuela.

¡Qué extraño en ese lugar
de abrumadora miseria
encontrar a la bondad
dándose a todo el que llega.
Saber que para encontrarla
basta asomarse a una puerta!

Puerta de escuela rodante,
puerta que abre otras puertas,
puerta de amor ambulante
que donde pasa se queda.
Que en los remotos obrajes
del norte santafesino
anda repartiendo un ángel,
Ángela Peralta Pino.

Llevada por un tractor
los obrajes atraviesa
la maestra "caracol"
llevando su escuela a cuestas:
su pizarrón, su pupitre,
su campana, su bandera.

Llevada por un tractor
los obrajes atraviesa
la maestra "caracol"
llevando su escuela a cuestas:
su pizarrón, su pupitre,
su campana, su bandera.
Y a mucho más que enseñar
donde haga falta irá ella.
Irá donde hay que curar,
irá a los que nadie llega.
Porque al amor y a la vida
ella les puso una puerta.

Luciana

María Lorena Laballén

Casilda, Santa Fe

No me aguanto más el cuerpo, es difícil de explicar lo que me pasa. Sería algo así como tener un millar de palabras vivas que al igual que las hormigas me caminan por dentro y no paran. Eso me pasa siempre antes de escribir, o sea cuando sucede algo y sé que eso que sucede habla así de esta manera, pidiéndome que por favor escriba. Yo sé que esa es la única manera de calmarlas, escribiendo, sacando para afuera todo eso que me camina por dentro.

No puedo escribir sobre Luciana, pero tengo que hacerlo. No puedo contar nada, pero mi cuerpo igual me lo pide, está lleno de palabras-hormigas que se mueven sin cesar y no me aguanto más así.

Entonces mezclo todo, lo escupo en el papel como sale. El que toca, toca, la suerte loca, dice siempre Paola y abre los ojos bien grandes, aunque ya son grandes y los tiene así. Igual se agrandan más cuando dice esa frase. Por dónde empezar... O qué decir. Las hormigas siguen moviéndose y no paran. Y yo llevo a Luciana enredada hace días ahí en dónde ellas caminan.

Veo un video de Luciana, con otra cara, con otra ropa. No lleva el uniforme de la escuela ni su polera blanca. Y tiene la cara más viva. Tiene unas cross verdes y saluda a la cámara, le da vergüenza, igual saluda y quiere sonreír. Está con alguien, esa es Diana me dice Paola, la señora con la que hablé y la está cuidando. Está con Diana y saluda. Pienso mil cosas. Como todas nosotras. Lo primero que pienso es cuándo la volveremos a ver de verdad, cuándo volverá, ¿será eso posible?

El miércoles pasado hicimos una video llamada las tres. Apenas empezó a sonar el celular, Luciana atendió, apareció ella y su cara nueva y un par de lágrimas. A mí se me atragantaban las palabras porque lo único que pensaba mientras trataba de que no se me note la desesperación, era encontrarla y poder abrazarla y decirle que todo iba a estar bien.

Luciana ahí, y no sabemos dónde. Tratamos de imaginar, de juntar pistas, de dibujar lo que nos falta, recordando lo que nos iba contando. Nosotras acá, en la

Dirección donde charlamos con ella tantas veces, tantos meses. Y ahora tratando de parecer las adultas, las seguras, las calmas. Por momentos se quiebra y acá no podemos hacerlo. Se seca la cara con los puños del buzo porque las lágrimas no paran. Paola es la que más puede hablar y sostener el diálogo. Es fuerte, pienso en eso y me alivia tenerla cerca. Yo sola no podría hablar con Luciana, ni ser coherente, ni calmarla, ni mostrarle con palabras que todo va a estar bien...

Escribo solo para calmar las palabras, porque no las aguanto así, cuando no paran de moverse como hormigas y me caminan por dentro.

Yo no quiero volver a mi casa.

Me van a pegar porque vine a la escuela.

Tenía que ir a limpiar.

Y la calma se rompe para siempre.

Y no podemos pensar.

Nadie puede.

Luciana nos busca con los ojos todos los días, apenas entra a la escuela, ya no se puede callar.

Me van a pegar.

No quiero ir a mi casa.

Y yo lloro cada vez que vuelvo a mi casa y estoy a salvo del mundo. Mientras le cocino a mi hijo, lloro porque no sé si mañana Luciana va a ir a la escuela, porque no está a salvo en su casa, porque ese es el peor lugar del mundo para ella.

Andamos a tientas en esta historia, en el relato, nos vamos agarrando como podemos las tres, unas de otras y a veces nos miramos sin saber qué hacer. Otras estamos tan furiosas que ni siquiera nos podemos mirar entre nosotras.

Hay que llevar ya a Luciana, ahora.

Y cuando escucho eso el cuerpo se me rompe entero y no encuentro dónde pararme.

¿Ahora?

¿Hoy?

Justo hoy que es el cumpleaños de mi mamá y hace mil años que no la tengo y soy una nena otra vez que se culpa porque en el último cumpleaños de mi mamá no le regalé nada, ni siquiera una torta y no puedo más con eso. Esa culpa es una araña que crece y me ahoga.

¿Ahora? ¿Llevar a Luciana?

¿A dónde?

Me desarmo, el cuerpo me desaparece y quiero hacerme un bollito y estar en mi casa que es el lugar más seguro del mundo y que mi mamá me cante lobo está y mi papá me haga acococho y sea domingo y la abuela amase y después comemos y voy a subirme al caballo con mi primo que no para de hacer pavadas y yo no puedo parar de reírme y el sol es hermoso ahí en el medio del campo. Imagino que la puedo llevar a Luciana y que nos vamos a quedar ahí para siempre y no vamos a crecer nunca más y yo le digo que vamos a estar a salvo siempre.

Yo no puedo ir. Dije.

Hoy no puedo ni siquiera conmigo.

Otra culpa más me creció ese día.

Y la Lore y Paola en el remis con Luciana yendo sin saber a dónde. Terminando algo que recién empieza.

Tengo el estómago revuelto y no puedo parar de llorar. Y no sé por dónde seguir.

Imagino que todo es posible y me puedo llevar a Luciana y ella es feliz para siempre.

Imagino que desaparezco, que el padre y la madrastra me matan a golpes por escuchar a Luciana, por abrazarla y decirle que todo va a estar bien.

Y nos une una especie de soledad genuina en esta historia, en la que terminamos unidas sin pensar.

Encima la vida sigue, nada se detiene y no se puede parar. Caen y caen los días llenos de cosas por cumplir, de saludos por dar, de correos por responder.

¿Y Luciana?

¿Y nosotras?

Siento que lo único que nos queda es poder hablar. Necesito eso, hablar las tres y sentir que no estoy sola. Que la Lore me hable y me mire, y Paola también.

Dejo de escribir en mi cuaderno y mi cabeza sigue escribiendo igual adentro. No para como las hormigas. Las oraciones salen y salen, se acomodan solas. Siempre es así cuando estoy llena de hormigas y

necesito calmarme.

Quiero bajarme del colectivo y llegar a la escuela y quiero escuchar la voz de la Lore como cuando me explica algo. Porque me calma. Es como la casa más segura de todas. Eso es la voz de la Lore explicándome algo.

La mirada de Josefa

María Julia Porta

Santa Fe de la Vera Cruz, Santa Fe

Josefa se acuclilla lentamente. No quiere que el sonido de su hábito al plegarse, espante al pequeño pájaro. “Lo llaman Doradito”, le dijeron la primera vez que ella advirtiera su presencia en el jardín del convento. El ave vuela en círculos sobre las flores amarillas de una primavera reciente y posado arriba de una de ellas parece flotar durante segundos. La mujer lo mira con atención. Lo simple y bello le genera admiración, la inspira desde el más antiguo de sus recuerdos. Desde que era una nena en su Santa Fe natal y la naturaleza en todas sus formas lograba deslumbrarla.

Era aquel mirar embelesado el que después ponía en movimiento a sus manos creadoras. Frutas, muebles, elementos comunes de cada día se convertirían en reflejos fieles dentro de sus cuadros. Tenía diecisiete años cuando presentó sus obras en una exposición en Córdoba. Pintaba lo simple, como forma de elevarlo, como reconocimiento de la perfección escondida.

Alguna vez, en ese transcurrir de una vida extraordinaria, tomó clases con el maestro italiano Héctor Facino. Y agregó técnica a la inspiración propia. Miraba, pintaba, probaba. La simetría y la profundidad se convirtieron en sus aliadas. Mientras sus naturalezas muertas ganaban realismo, con los retratos captaba (y reflejaba) las esencias personales. En todos esos rostros, de gente de sociedad primero y de seres divinos después, las miradas contienen un fuego que avasalla los rígidos

límites del cuadro.

Cómo siglos antes lo hiciera Juana con las palabras, Josefa encontró en la pintura su forma de habitar el mundo. Un mundo y un tiempo en el que ser mujer y artista no conjugaba fácilmente. Cómo Juana con sus décimas, Josefa con sus óleos halló en la vida religiosa un espacio de expresión más propicio. Y siguió pintando frutas coloridas y rostros de miradas cálidas en la paradoja de una libertad en claustros.

El doradito se eleva y la mirada de Josefa se pierde en unos pétalos que, abandonados por el ave, recuperan su protagonismo. Son largos y finos. Unas nervaduras apenas rojizas los surcan. La mujer se levanta sin dejar de mirarlos. Alisa la falda del hábito y se dirige hacia la habitación mayor. Allí tratará de recrear lo que vio y lo ubicará en el fondo de alguna imagen santa. Después sonreirá, como cada vez que pone el toque buscado en sus óleos. Y así seguirá, completando pinturas que en un futuro se exhibirán en los museos santafesinos; uno de los cuales, incluso, llevará su nombre.

Un contrato con la vida

María Cecilia Curti

Maggiolo, Santa Fe

Su llegada y su partida son extremadamente destacadas, pues no puede desprenderse de las palabras, sino que las atrapa y las suelta como la simple y circular tarea de respirar.

¡Hola Carmen! ¿Cómo estás? - la saludamos con entusiasmo. Y ella, con su cabello alborotado y su encendida sonrisa, se sienta para dibujar en el aire su enorme deseo de cambiar el mundo, o por lo menos, nuestro lugar en el mundo. La comparo con esos científicos que dejan de ser ellos para mimetizarse en el otro, humildes pero grandes

Ya no tiene apuros comprometidos, ni un trabajo atado al acuciante llamado del tiempo, ni hijos que criar. Sí es poseedora de una fortuna familiar, concebida entre el hogar, el estudio y el trabajo: tres hijos, media docena de nietos y una bisnieta recientemente llegada que podrían colmar con creces su ya establecida vida de más de diez años de jubilada. Podrían colmar? -me pregunto- y sonrío.

Es inevitable pensar a Carmen como lo que es y lo que fue siempre: una mujer de cuerpo pequeño, mente sin límites, espíritu de fuego y un corazón que alberga no sólo a los propios, sino a los ajenos.

Puedo recortar de la vida incontables momentos juntos a ella y, aunque no caminamos por los mismos tiempos, sí lo hicimos por lugares comunes: ella como docente y yo como alumna, hasta encontrarnos como colegas y hoy compañeras de trabajo en un similar objetivo de transmitir lo aprendido a la comunidad en la que vivimos.

La recuerdo en el laboratorio, entre ranas, calamares y pescados, sumida en el profundo proceso de la enseñanza; me retrotraigo a las clases de Higiene y de Anatomía en las que una y otra vez nos repetía la importancia de cuidar y de cuidarnos. Clases innovadoras, prácticas, supremas, que nos inquietaban hasta el punto de hacer explotar en nosotros la necesidad de preguntarnos, de descubrir misterios, de abrir nuevas puertas.

Y esa pasión que nació como profesora de Ciencias Naturales, jamás se apagó, continuó alimentándose del estudio, de la investigación, de la docencia, fue impulsada por el motor de la educación que la llevó a ser también maestra y directora. Maestra de maestras, ese es quizás el título que más le cabe.

¿No es mucho? -pensarán ustedes -, ¿no fueron suficientes tantos años de rutina, de presencia, de compromiso, de responsabilidades; tantas estaciones transitadas, vacaciones no siempre gozadas, hijos sufriendo la ausencia, noches sin sueño y sueños adormecidos en un rincón? Para Carmen, no. No lo fue ni lo es, y seguramente jamás logrará digerir esa idea en sus entrañas.

Esta mañana fui a buscarla a su lugar de trabajo, pero aún no había llegado de uno de los tantos viajes en los que acompaña a chicos y chicas de las escuelas a visitar espacios que defienden y protegen la vida. Mientras la esperaba, comencé a observar a mi alrededor y de pronto me detuve sobre la síntesis de un trabajo admirable: una maqueta en la que se imita el recorrido por las principales fuentes generadoras de una mejor calidad de vida para Maggiolo. Un proyecto que hoy se puede decir completo, pero que le llevó varios años de labor ininterrumpida, con un resultado verdaderamente superador. Allí aparece el vivero, la huerta, la planta de reciclaje, las energías renovables y las plantas nativas, todo perfectamente coordinado con un fin trascendente: que cada habitante aprenda a cuidar y preservar su casa natural.

Cada vez que veo la figura de Carmen pasar raudamente por mi oficina, se produce en mi mente una batalla de imágenes que la ubican por todos lados al mismo tiempo: capacitando, caminando, en bicicleta, con autoridades de la provincia, con instituciones del pueblo, en su taller, con los recolectores de basura, con la gente en la calle, con docentes, con jóvenes, acompañando, enseñando, en fin, firmando todos los días un contrato con la vida.

Hoy sigo viendo en sus ojos el mismo brillo y en sus gestos y palabras la misma convicción. Pasan los años y los gobiernos y las sociedades y el mundo entero, pero Carmen es Carmen, la mujer con mayúsculas a la que admiro, porque continúa caminando con la simpleza de los grandes.

La voz rosarina

Agostina Alonso

Rosario, Santa Fe

Bajo el gobierno del Presidente Avellaneda en el año 1874 se constituyen leyes que favorecen la inmigración y colonización del país. En barcos llegaban con la promesa de tierras y trabajo miles de personas entre las cuales podríamos pensar que llegó el padre de Virginia Bolten, un inmigrante alemán que se casará con la hija de un estanciero criollo. Producto de esta unión nacerá en la provincia de San Luis en el año 1876 la heroína rosarina.

Podría decirse que el único lazo que ata a esta mujer a la tierra puntana es el nacimiento pues a la corta edad de catorce años migra hacia Rosario donde pasará la mayor parte de su vida. En estas tierras conoce a Manuel, un inmigrante español afiliado al gremio de los zapateros, actividad en la cual se desempeñaba.

Ambos se asentaron en el barrio de Refinería, característico por la empresa de refinación y distribución de azúcar creada en 1889 por Ernesto Tornquist cuyos planos fueron hechos en Alemania por lo que no tuvieron en cuenta el calor del verano rosarino y cómo este afectaba a los trabajadores. Allí Virginia empieza a dar sus primeros pasos en el feminismo de la época, visitando las fábricas y alentando a las demás mujeres en la importancia de la emancipación y dignificación.

El 1 de mayo de 1890, con motivo de las marchas por el día del trabajador, Bolten fue arrestada por arengar a las masas y fue detenida bajo el cargo de atentar el orden social. Ella llevaba un cartel cuya inscripción proclamaba: “1º de mayo de 1890 – Fraternidad obrera universal”.

Más de mil obreros participaron del acto en el cual ella fue la única mujer oradora con tan solo catorce años.

Con estos presagios funda “La voz de la mujer” que se convierte en el primer periódico anarcofeminista de la Argentina. El lema institucional era “Ni Dios, ni patrón, ni marido”. Proclamaba una autonomía de las mujeres, una lucha combativa y activa y un abrir los ojos después de años de sometimiento sistemático.

Su causa comienza a ser conocida y escuchada por mujeres de todo el país lo que la impulsa a realizar una gira por Campana, Tandil y Mendoza. Es detenida por su oratoria, por sus discursos en contra del sistema capitalista explotador del General Roca que estaba cumpliendo su segundo mandato como Presidente de la Argentina. Este pensaba que el progreso solo se conseguiría bajo un rígido orden social, mediante el exterminio de los pueblos nativos para conseguir más tierras donde cultivar con la incursión de la mano de obra calificada que venía de España e Italia principalmente y con ideales positivistas de “orden y progreso”.

Recordemos la emblemática frase de su sucesor luego del primer mandato del zorro del desierto, quien en el año 1886 dijo: “Consultar al pueblo siempre es errar”. Lo que proponía Bolten era que, si no nos quieren escuchar, haremos que nos escuchen mediante las huelgas, las marchas y la organización de los trabajadores.

Años después el grupo de trabajadores de la refinería de azúcar se reúnen en la puerta de la fábrica a discutir mejoras en las condiciones de trabajo, jornadas reducidas, fin de la explotación laboral de menores de 14 años, entre otras cuestiones. Aquel veinte de octubre de 1901 la policía reprime y desconcentra a disparos de arma de fuego a los congregados con el resultado de varios heridos y una víctima fatal.

“Es preferible caer en la brecha que morir en la esclavitud, en la miseria, en el dolor y en la impotencia”, dijo Bolten después de aquel acto

intimidatorio que no había logrado doblegarla ni un centímetro en sus convicciones, es más, le había dado más fuerzas y argumentos para seguir luchando.

El gobierno no conseguía persuadir ni reprimir las corrientes opositoras que se organizaban en su contra. Por un lado, se encontraba conformada la Unión Cívica Radical liderada por Alem que pedía la finalización del voto cantado que tendía a la corrupción y al fraude electoral y proponían reemplazar este sistema con el sufragio universal. Por otro lado, se encontraban los anarquistas y socialistas, grupos de trabajadores e inmigrantes que pedían reformas laborales, mejoras en las condiciones de vida y participación democrática.

La represión policial por parte del estado no daba resultados, por lo que decretan en el año 1902 la ley 4.144 titulada “Ley de residencia” o “Ley Cané”. Esta le otorgaba al estado la posibilidad de acusar, juzgar, detener y expulsar a extranjeros sin intervención del poder judicial. Es decir, le brindaba al estado una herramienta para perseguir a los dirigentes de movimientos obreros que sean extranjeros y deportarlos del país.

En esta situación se encontraba Manuel, quien tuvo que dejar a Virginia y a sus seis hijos e irse a Montevideo. Ella lo acompaña en un primer momento, pero en el año 1904 funda en Buenos Aires el Comité de huelga femenino de la Federación obrera regional argentina o mejor conocida como F.O.R.A.

La lucha de Bolten y el movimiento anarquista femenino culminaría en nuestro país con la fundación del Centro Femenino Anarquista junto a Juana Rouco Buela y con la huelga de los inquilinos que tuvo lugar en el año 1907 debido a las pésimas condiciones habitacionales de los conventillos y el aumento de los alquileres. El lema fue: “Barramos con las escobas las injusticias de este mundo”. Esta huelga se replicó en Rosario y fue muy útil en la lucha por mejoras no solo en las viviendas

sino también en los trabajos.

Virginia sería detenida y eligió mentir diciendo que era uruguaya a pasar su vida detrás de una reja. Fue deportada por la ley de residencia y volvió con su marido e hijos a Uruguay. En el vecino país también lideró la lucha sindical femenina.

Volviendo a Rosario y a las dificultades de los inmigrantes por constituir un trabajo y un hogar digno vemos que gracias al apogeo del modelo agroexportador para el año 1910 entraban más de 100 trenes por día, que llevaban nuestros granos, carnes y materias primas hacia el puerto de Buenos Aires o traían estas para refinar y distribuir.

Esto trajo de la mano un crecimiento exponencial de los barrios de tolerancia como se les decía a los prostíbulos localizados en Pichincha, Rosario. Pero debemos retrotraernos al año 1874 que fue cuando se sancionó la ordenanza número treinta y dos por el gobierno de la Municipalidad de Rosario el cual reglamentó la actividad de casas de tolerancia. Para esta labor se estableció un radio comprendido por fuera del río Paraná, la calle San Juan y Entre Ríos.

Las prostitutas debían someterse al registro municipal, a chequeos médicos en centros de salud y posteriormente a un registro policial para demostrar su condición laboral. No podían salir de las casas de tolerancia sin el permiso de las regentas (mujeres que se encontraban al frente de la propiedad) ni dejar de ejercer la profesión a menos que se casaran o murieran. Los controles médicos también contaban con la suministración de drogas muy nocivas para el cuerpo en favor de prevenir que contraigan enfermedades, pero no tenían en cuenta que los hombres también eran portadores de estas y podían contagiarlas.

Bajo esta política de “higiene pública” que constaba en que los hombres se acostaran con estas mujeres para no contagiar a sus esposas, como si las prostitutas no valieran nada, muchos proxenetes se hicieron ricos. Masculinos de otras localidades aprovechaban la

época de cosecha para frecuentar estos lugares y muchos porteños tomaban el tren para conocer las famosas casas de tolerancia entre las cuales destacaban la de Madame Safó, la Petit Trianon y la Mina de oro.

Para el año 1896 se registraban 61 casas de tolerancia en las adyacencias de fábricas y talleres, lugares habitualmente frecuentados por hombres. Estas se encontraban dentro del plano legal pero también estaba la prostitución ilegal comandada por la Sociedad de Socorros Mutuos Varsovia renombrada como Zwi Migdal que significaba “más fuerza”. La misma operó desde el año 1906 hasta 1937 en el mercado de la explotación sexual de menores polacas, la trata de personas, violación sexual seguida del homicidio de las víctimas cuando ya no les servían para el trabajo que desempeñaban, aunque otras tantas morían de enfermedades como tuberculosis y sífilis.

Esta organización tenía proxenetas mayormente judíos, pero estos no eran aceptados por su comunidad por la profesión que tenían por lo que no podían ser enterrados en los mismos cementerios. Debido a esto construyeron su propio cementerio en la ciudad de Baigorria en el año 1934.

Cabe resaltar que en el año 1932 se elimina la normativa que regía la prostitución convirtiendo a esta como una actividad ilegal y se comienza a perseguir sistemáticamente a las prostitutas, no reconociendo que muchas de ellas eran víctimas de un sistema que las explotaba.

Las mujeres anarquistas tenían una posición crítica de la prostitución. Por un lado, consideraban que ellas eran doblemente esclavizadas: por la sociedad y por los hombres. Definían a las prostitutas como esclavas sin voluntad de pensar ni sentir, aunque aclaraban que este martirio puede sufrirse dentro del matrimonio mismo por lo cual la mejor opción era no casarse, era mejor entregarse a la lucha anarcofeminista.

También pensaban que la compra y venta del cuerpo era el punto máximo de la consideración de la mujer como mercancía, objeto y máquina de placer.

Sin dudas, Virginia Bolten significó un cambio en la forma de ver y pensar a la mujer obrera cambiando un paradigma que la presentaba como sumisa por otro en el cual lucía en las primeras líneas de lucha por condiciones equiparadas con los hombres, por mejoras laborales y por jornadas que permitan el descanso. En resumen, no pedía que los obreros sean ricos como los burgueses sino la dignificación de su trabajo y forma de vida.

Doña Elena

Mariana Gabriela Gómez

San Jorge, Santa Fe

Nos pertenece una imagen, que sitúo en algunos años de mi vida. Un rostro con nombre que hace mi identidad parte del espacio más sentido de esta historia que puedo afortunadamente contar. Doña Elena Isea fue la portera de la escuela primaria N° 6362 San José de Calasanz de la ciudad de San Jorge.

Portera en todo ese inmenso concepto, bienvenida en la entrada de puertas dobles de madera pintadas de verde oscuro, con ausencia de sonrisas quizás por timidez pero una mirada que hablaba sin palabras.

Su casa se encontraba cruzando la calle de tierra que rodeaba la escuela, parecía un bosque desde el alambrado de púas que limitaba el ingreso. Una casa gris la cobijaba, gris plomo como el cielo que anticipa la lluvia y un terreno grande cubierto de pastito amarillento que hacía de colchón para las ovejas que deambulaban por ahí.

Doña Elena sabía todo y hacía todo. Su mate cocido quedó impregnado en cada recuerdo de los cientos de alumnos que anduvimos creciendo en esas aulas, pero más hondo quedó en la memoria de las familias que con la intención flamante de mamás jóvenes generaron el Club de Madres junto a la Cooperadora dónde se lucían los padres.

En la escuela necesitábamos ser comunidad y ella supo enseñarlo siendo madrugada y mañana en el comedor de mesas largas y platos tapando algún garabato hecho de grafito negro.

El gesto de heredar costumbres para que la niñez con guardapolvo se vuelva inolvidable es un poder de heroína.

Doña Elena y su recibimiento para las jornadas completas, Doña Elena y las sillas para las reuniones en el patio, Doña Elena y los mapas gigantes, Doña Elena y el carrito del desayuno con la melodía inmejorable de humito blanco de mate cocido y olor a bizcocho.

Ser testigo del devenir de los años mirando al futuro, acompañando de la mando, solo una porque el plumero que parecía una extensión de su propio cuerpo reinaba en uno de sus brazos.

Conocer a cada alumno a veces imitando algunos amores para que los que tenían ausencias no las sintieran tanto la hizo necesaria e indispensable para las emociones.

Doña Elena cuál heroína fue gastando los días, sin detener la responsabilidad de su función.

Nadie llegaba antes, ni se iba después.

La escuela fue su fortaleza, nuestra armadura.

¿Sabía ella que cuidaba tal vez lo único para algunos, cuidando de una escuela pública?

¿Habría visto en el tiempo cruzar por su vereda a sus niños ya adultos renovar los nombres en la Cooperadora?

Mucho del todo pudo ver, lo demás la trascendió.

No es igual pensar en una escuela con la fachada parecida a una casa sin Doña Elena en el portal, pude ver escuelas Láinez en diversos lugares del país, pero sin ovejas en pastitos amarillentos, ni casas de chapas herrumbradas por la lluvia a pocos metros, escuelas sin esa mujer no son lo mismo, nuestra Elena valiente, obrera incansable que acompañó a maestras y madres para surcar el destino de la educación pública en este rincón de la provincia de Santa Fe.

¿Puede una mujer bajita de estatura, de cabello corto, con guardapolvo azul desteñido y un manojito de llaves abrir puertas y ventanas haciendo historia?

Nos pertenece una imagen que inmortaliza momentos innumerables de aprendizaje, solidaridad, afecto y educación.

Tu legado como bandera en nuestra querida escuela, Doña Elena Isea, tu comunidad te recuerda y siembra.

Cuatro mujeres anarquistas de Rosario

Paulo Menotti

Rosario, Santa Fe

La ciudad de Rosario de fines del siglo XIX y principios del siglo XX fue conocida como “La Barcelona argentina” debido a la cantidad de anarquistas que la poblaron. Este movimiento político de izquierda surgió gracias al enorme caudal de inmigrantes transoceánicos y de otras provincias argentinas que multiplicaron su población en veinte veces, entre 1852 y 1900, llegando a contar con 100.000 habitantes con el nuevo siglo. En ese marco surgieron liderazgos masculinos pero la ciudad también cobijó a muchas mujeres anarquistas que también fueron líderes o marcaron los destinos de la clase trabajadora rosarina. Entre ellas, y fruto de distintas épocas, aparecen Virginia Bolten, Eva Vivé, Luisa Lallana y Manuela Bugayo, entre otras.

La puntana de palabra enérgica

Hasta hace poco se creía que Virginia Bolten había participado en la primera conmemoración del 1° de mayo de 1890 como una de sus principales oradoras en la plaza López. Debido a esto se la conoció como “La Luisa Michel argentina”. Sin embargo, la historiadora Agustina Prieto descubrió que Virginia en ese entonces aún no había llegado a Rosario. Recién a mediados de la década del 90, Bolten habría llegado a Rosario y se unió a Manuel Manrique, un inmigrante español. Ella fue una obrera del calzado, feminista y anarquista, y según Prieto comenzó a militar ideas avanzadas tras la “gran huelga” de 1896 en la que posiblemente haya abandonado a la religión católica.

El historiador Horacio Tarcus la había ubicado desde tiempo antes como anticlerical debido a que su padre, un inmigrante alemán y liberal, era adepto a esas ideas.

Virginia Bolten se hizo conocida en las huelgas de la fábrica Refinería de azúcar, del barrio rosarino que lleva el nombre de ese centro fabril, en 1901. Allí la vio Juan Bialet Massé y narró: “Hay en Rosario una joven puntana de palabra enérgica y dominante que arrastra a las multitudes, más enérgica que Luisa Michel, tiene indudablemente mejores formas que ésta”. Hacía varios años que Virginia demostraba no solamente sus dotes de oradora, sino también de organizadora y periodista en las páginas del periódico *La voz de la mujer*, un periódico comunista anárquico que también se editó en Rosario. No era individualista y se movía junto a otras mujeres, Teresa Marchisio y María Calvia. Junto a éstas y otras, brindó conferencias organizadas por el grupo *Las proletarias* y, en la Casa del Pueblo de Rosario coordinó la conformación de sindicatos unida a dirigentes anarquistas varones.

La prensa masiva, sin embargo, no fue compasiva ni honrada con su figura a la que cuestionó en duros términos. Desde las páginas de *El Herald* mantuvo una controversia con el diario *La República* defendiéndose de las calumnias sobre su persona y sobre los dirigentes ácratas. La represión que siguió a la organización sindical y al despliegue de las huelgas, la obliga a retirarse de Rosario para seguir a su compañero que fue expulsado del país gracias a la Ley de residencia. Dicha ley implicaba que el expulsado debía partir solo y su familia debía permanecer en el país, pero Virginia partió hacia Montevideo con Manrique y sus hijos.

La capital de Uruguay no la mantuvo quieta y Bolten se convirtió en una personalidad clave del anarquismo rioplatense. En coordinación con sindicatos marítimos logró llegar a diferentes lugares que van desde Tandil (Buenos Aires) hasta Rafaela (Santa Fe), pasando por Buenos Aires, San Nicolás y Villa Constitución, además de retornar a

Rosario. Esta febril actividad, sin embargo, se fue opacando tras 1910 y Virginia Bolten se ocupó cada vez más de las cuestiones políticas en Uruguay que con el presidente José Batlle y Ordóñez logró avances en la cuestión de género.

Una mujer al frente de “los rebelionistas”

En la década de 1910 el anarquismo reapareció en Rosario gracias a un puñado de militantes que mantuvieron al movimiento obrero y a la ideología ácrata activos hasta el ciclo de huelgas que fue desde 1917 a 1921 donde los libertarios condujeron a las protestas proletarias. Uno de los principales referentes de esta actividad fue Enrique García Thomas quien fundó en 1913 el diario La Rebelión que también dio nombre al grupo “Los rebelionistas”. En 1917 García Thomas debió salir de Rosario porque había sido encarcelado y una vez liberado recibió amenazas. En ese momento, su compañera Eva Vivé mantuvo la organización de dirigentes y militantes anarquistas rosarinos, ella fue la mujer al frente de “los rebelionistas”.

La policía de Rosario se dio cuenta de la relevancia que adquirió Eva en el liderazgo de los anarquistas porque tuvo durante casi un año un pesquisista apostado frente a su casa e informando sobre las visitas que recibía de dirigentes y militantes. Es claro que gracias a su labor se mantuvo viva la llama ácrata en Rosario porque, una vez entrado en declive el diario La Rebelión, en la ciudad apareció el periódico El Comunista redactado por Jesús María Suárez.

Tras esa tarea, Eva Vivé se mudó a Buenos Aires junto a García Thomas militando ambos en el llamado “anarco-bolchevismo”. En ese marco fundaron el diario Bandera Roja en 1918 con el que profundizaron la militancia. Esa actividad le valió varias veces la cárcel y también la expulsión del país en 1933.

Luisa Lallana, mártir de la protesta obrera.

En 1928 los anarquistas aún mantenían la hegemonía de los principales sindicatos de Rosario como el de portuarios, carreros y panaderos, entre otros. Incluso estuvieron al frente de las inmensas y violentas huelgas que se desarrollaron a lo largo de ese año. Esa agitación se debió a la congoja y furia que despertó en rosarinas y rosarinos el asesinato de Luisa Lallana, una joven obrera textil y anarquista a manos de un sicario de la Liga patriótica.

Luisa era criolla, le gustaba vestirse de paisana y vivía en barrio Tablada de Rosario. En 1928 tenía 19 años y trabajaba como costurera de bolsas de arpillera que utilizaba el transporte de cereales de la época. Durante la década de 1920, tras la derrota obrera al final del ciclo de huelgas de 1917 a 1921, la clase trabajadora entró en un reflujo y apenas se produjeron tres grandes huelgas. Ese tiempo fue aprovechado por las patronales para condicionar el trabajo de portuarios, por ejemplo, a quienes les pedían libreta de buena conducta que brindaba la policía. A principios de mayo de 1928 un grupo de portuarios entró en huelga por reclamo de aumentos salariales y la medida de fuerza se extendió a toda la costa rosarina en la que existían terminales portuarias. Luisa Lallana se solidarizó con los portuarios como hacían hermanas, madres, vecinas y amigas, y se paraba en la puerta de los puertos a tratar de convencer a los crumiros para que no entren a trabajar y que no pierda eficacia el paro. A pesar de que no se señaló esta estrategia fue casi constante durante las primeras décadas del siglo XX cuando las mujeres se ponían al frente de los reclamos.

Luisa había convencido a un trabajador de no entrar, pero al otro día, cuando volvió se inició una nueva discusión. En ese momento apareció el dirigente de la Liga patriótica, Tiberio Podestá que le dijo al crumiro: "Matala que yo respondo". Éste sacó un revólver y le disparó en la cabeza, a sangre fría.

Al día siguiente se desarrolló el sepelio de Luisa en el que participaron entre 10.000 y 15.000 personas. El féretro fue trasladado a lo largo de avenida Pellegrini desde el río hasta el cementerio El Salvador. Allí se realizó la autopsia y los asistentes realizaron un acto. Por último, Luisa fue enterrada en el cementerio La Piedad, lugar de reposo de la clase trabajadora. Por la tarde se inició la furia del proletariado rosarino. Desde los barrios se produjeron manifestaciones que colmaron el centro de Rosario. Se rompieron faroles, vidrieras y produjeron saqueos en los mercados. Para las rosarinas y los rosarinos quedó claro que ese era un límite y lo hicieron saber. Ocho huelgas generales continuaron durante ese año y en diciembre, el presidente Hipólito Yrigoyen decidió enviar al ejército para garantizar la recolección de la cosecha en campo santafesino. Durante muchos años, Luisa Lallana fue considerada una mártir de la clase trabajadora rosarina.

Luz en la oscuridad

La década de 1930 empezó de una manera trágica para las rosarinas y los rosarinos por la crisis económica del liberalismo a nivel mundial que significó hambre y desocupación, y por la acción ferozmente represiva de la dictadura militar iniciada el 6 de septiembre del 30. El movimiento anarquista sintió ese golpe e incluso, lo vivió en carne propia porque el gobierno militar fusiló y desapareció a Joaquín Penina cerca del arroyo Saladillo al sur de la ciudad. Sin embargo, los anarquistas no se amedrentaron y entre ellos vale rescatar a la figura de Manuela Bugayo quien mantuvo abierta una biblioteca anarquista ante las amenazas de la policía.

Bugayo nació en Buenos Aires y era parte de una familia adinerada propietaria de una firma dedicada a la curtiembre de cueros. Se enamoró de Paulino Fernández un dirigente anarquista de Rosario y por él y por seguir a las ideas avanzadas renunció al rico legado fami-

liar. En Rosario trabajó junto a su compañero con quien tuvieron tres hijos, Juvenal, Aníbal y Darwin. Pero ese amor no duró para siempre y ella decidió separarse y continuar también la militancia anarquista por su parte.

En esta ciudad organizó grupos de mujeres y fundó el Centro Femenino Luz en la oscuridad con la biblioteca Eliseo Reclus. Cuando se produjo el golpe de Estado, la policía intentó varias veces clausurar ese espacio, pero ella desafió en varias oportunidades y cara a cara a la policía.

El destino, sin embargo, le jugó una mala pasada a Manuela quien, con el más pequeño de sus hijos, Darwin, debió afrontar un cáncer que no pudo derrotar en lo inmediato. Al igual que otras anarquistas, Manuela se volcó a una vida naturista realizando su huerta, siendo vegetariana y realizando deportes. Su legado se mantuvo gracias a sus hijos que se convirtieron en históricos militantes del anarquismo rosarino.

Mujeres y sus épocas

Al recorrer cuatro perfiles de vida de estas mujeres anarquistas nos aproximamos al pasado de la ciudad del sur santafesino y nos permitió conocer además de sus experiencias militantes, la historia de Rosario. Lo que une a estas mujeres además de sus ideas avanzadas es la decisión militante que las condujo como organizadora, periodista y oradora, en el caso de Virginia Bolten; como organizadora y dirigente, en el caso de Eva Vivé; como compañera solidaria que puso el cuerpo por otros trabajadores, en el caso de Luisa Lallana; y como organizadora, dirigente y militante que desafió a la dictadura militar y al cáncer, en el caso de Manuela Bugayo. Como estas, muchas otras mujeres estuvieron implicadas con sus ideas y con los conflictos de su tiempo en la ciudad de Rosario por lo que forman una parte importante de nuestro pasado.

*Regina Zambón,
la partera de Villa Regules que también sabía curar*

Lidia Ocampo Romero

Firmat, Santa Fe

No sabemos porque eligió estas tierras del sur santafesino para vivir, pero al poco tiempo de conocer en el puerto de Buenos Aires a Juan Romero, el amor de su vida, Regina Zambón llegó a un pequeño poblado que luego de haber recibido el paso del ferrocarril, las vías no solo habían traído progreso y pasajeros de distintas partes del país y el mundo, sino también habían marcado un límite artificial entre la población más pudiente y la humilde.

A lo mejor por la historia personal que traía en su baúl, decidió elegir el lado donde estaban los más humildes y necesitados, y junto a su compañero construyeron, cual pareja de horneros, una hermosa casa de adobe asentado en barro en Villa Regules, lo que actualmente se conoce como barrio Fredrikssón de la ciudad Firmat.

Esta austríaca de la que sus vecinos sólo conocían que había nacido en Viena, pronto se convirtió en una más del lugar y cambió sus vestidos de seda y encajes por ropa sencilla como camisas de tela rústica que siempre usaba arremangadas a la altura del codo y pollera tableada ancha y negra, que le llegaba a los tobillos, sujeta a la cintura con un cinto ancho, de hombre, de cuero del mismo color. Y recogía su largo pelo rojizo en un rodete grandote, acomodado prolijamente con varias horquillas de plata que habían sido de su madre como la estatuilla de la virgen Santa Lucía que tenía un lugar preferencial en su casa, y de la cual todos sabían que era muy devota.

Tal vez porque siempre le rezaba en alemán para aliviar los dolores

ajenos, o porque tenía grandes conocimientos de herboristería, y utilizando mejunjes de hierbas, cortezas de árboles, o infusiones, podía curar dolores de panza, quemaduras, parar hemorragias, o con algunos movimientos de sus manos podía poner huesos en su lugar y solucionaba las luxaciones, y también curaba el mal de ojo, la empezaron a llamar la curandera Romero, porque no se estilaba usar el apellido de soltera. Hasta que un día salvó a una parturienta que todos pensaban que se iba a morir por no poder dar a luz y se ganó no solo el madrinazgo de la criatura nacida sino el mote de “La partera de regules”.

Cuentan que era una adelantada para su época, que conocía técnicas de movimientos con mantas para dar vuelta a los niños si venían de cola y que gracias a sus múltiples saberes jamás se le había muerto una paciente o su hijo por más difícil que fuera el parto.

Al principio la gente se sorprendía de sus métodos y algunos tenían prejuicios porque luego de terminar con su trabajo, se quedaba sola un momento, encendía un toscano y mientras fumaba murmuraba agradeciendo a la virgen Santa Lucía por la vida del niño que había traído al mundo y la salud de su madre, cuando en esa época las mujeres tenían entre otras cosas prohibido fumar. Y recién, luego de volverse a lavar las manos en una palangana enlozada de su pertenencia, para ayudarle a la madre, si era primeriza, a prender bien el niño a la teta y observar que todo esté en su maletín de cuero marrón labrado, daba el parte médico.

-Un niño, don Paulo. Sano, y fuerte. La madre está en perfecto estado. Ensílleme el caballo nomás que me marchó, ya no tengo nada por hacer acá. Salió todo muy bien gracias a Dios y la Virgen.

Saludaba a todos los presentes y pegando un salto montaba a caballo como lo hacían los hombres, y no sentada perpendicularmente a la marcha del animal, con las dos piernas hacia el lado izquierdo del lomo

como era la costumbre femenina.

Al tranco iba abriéndose paso entre las vacas, ovejas y chivos que pastaban en los alfalfaes, llevando atadas al viejo recado una maleta con medio lechón recién carneado y una bolsa arpillera con dos gallinas. Ese era el pago por su trabajo recién realizado.

Tal vez mientras su caballo volvía a la querencia, ella pensaba en su Viena natal, añorando ese paisaje tan distinto al que hoy observa en esta llanura pampeana y sus ojos azules se llenaban de lágrimas o fumando un puro, calculaba cuántos meses le faltaba a la mujer del ladrillero para parir, o a la dueña del bazar que vive del otro lado de la vía. Su vocación era enorme y nunca cobraba un peso a nadie, la gente le daba en agradecimiento lo que podía: unos panes caseros, un pollo, un chivo, o simplemente las gracias y ella era feliz de estar al servicio de la población y hacer lo que tanto amaba.

Lo que nadie sabía era que esos ropajes sencillos y un poco toscos escondían una mujer que conocía realmente de medicina, que había nacido en una familia de clase alta de la Ciudad de Viena, esa que se cubría de nieve en invierno, cosa que por estos lugares no se conocía, y que vestida de hombre con la ropa de su hermano mayor y un sombrero había engañado al mundo machista para estudiar medicina en una de las mejores universidades de Europa, donde surgieron muchos premios nobeles, consiguiendo el tan ansiado título bajo el nombre de su hermano.

Solía contarle a sus hijos a modo de cuento antes de irse a dormir cómo había cruzado el océano en barco, con algunas pocas coronas austríacas envueltas en un pañuelo y la virgen Santa Lucía de su madre en un baúl. Pero sólo antes de morir con profundo pesar contó como su padre al descubrir el engaño la desheredó, no sin antes obligarla a quemar su título de médica y castigarla, razón por la cual se había venido a América buscando mitigar la pena que la oprimía.

Regina Zambón fue la partera de miles de niños de Firmat.

Falleció el 8 de agosto de 1962, el mismo día que cumplía setenta y siete años de edad, lejos de su Austria, en el barrio más humildes del pueblo que la había cobijado, rodeada de afectos, y haciendo lo que tanto amaba. Transformándose, sin buscarlo, en ejemplo de lucha, superación y rebeldía de muchas mujeres de generaciones futuras, trabajando en pos del bien ajeno, sin cobrar nunca un peso por sus servicios, siempre ofreciendo su ayuda y conocimiento a la sociedad firmatense.

Nicasia Achala

Graciela Nardín

Lezama, Buenos Aires

La vio de golpe como si hubiese brotado del agua. Se mecía sobre el río como un pájaro pegado al cielo. La vieja Nicasia Achala venía con su canoa cargada de surubíes. -Ni bien llegue al rancho los voy a asar a las brasas- pensaba mientras dejaba rolar su canoa. Sabedora, de inmediato, que algo raro ocurría, arrió la canoa hacia la orilla y se adentró en las aguas. Apenas pudo con sus músculos envejecidos arrastrar el cuerpo hasta la orilla. Sólo ella y los humedales palpitaban. Había sido un día agotador. Se levantó al amanecer para pescar a “la fija”. Un método de sus ancestros aborígenes: los abipones o jaaukanigás (significa gente del agua) que consistía en la pesca con arpón, una vara larga de cinco metros, en cuyo extremo una varilla sostenía flojamente la punta del arpón, hecha del extremo agudo de una parte del cuerpo de un vacuno. Esta punta se sujetaba a la mano de Nicasia por medio de una cuerda que corría a lo largo del palo. Una vez lanzado el artefacto contra la presa, el arpón penetraba en la carne del pez y se desprendía del palo. Luego dejaba desenrollar la cuerda que tenía en la mano y atraía la presa con breves tirones. Lo que para sus largos años le significaba mucho esfuerzo. Examinó el cuerpo, a pesar de que estaba cubierto por restos de camalotes, y le deslumbró la belleza lívida y joven de esa mujer. Los atardeceres en los humedales son como fantasmas que se esconden en la selva: quebracho colorado, algarrobo, ñangapiry, granadillo, timbó blanco, palo jabón. Por ahí se ve el andar de las hormigas y los reptiles que van y vienen. Entonces uno debe caminar con precaución para no caer en los engaños que le tienden las

alimañas disfrazadas entre los troncos: la yarará cascabel y la gran anaconda amarilla. El violeta de las nubes bajaba a posarse en el lomo del agua. En la copa de un aliso, un mono carayá gritaba alarmado - Habrá visto una curiyú o una ñacaniná- pensaba Nicasia-. El canto de los biguaes se confundía con el rumor del viento. En la penumbra de abajo, en el corazón del humedal, con el cuerpo cargado en sus hombros, se estiraba para poder respirar. Entre palos lanzas, espinas coronas y lapachos amarillos llegó a un cauce seco puntuado por huellas de guasuncho. A pesar de la neblina, esa obra de la humedad y el tiempo, llegó al rancho. Quería darle a la niña (así la llamaba) cristiana sepultura. Al pie de un lapacho rosado, bien en el fondo del rancho, cavó un pozo y la enterró. Encima de la sepultura le colocó un ramo de flores de pasionaria, unos frutos de guabiyúes (el arándano de la selva) y un jarro de cerámica. Según los ritos ancestrales la cerámica era para que se recoja el agua en la otra vida. En esos aconteceres, guardó su secreto en la clausura del humedal. El tiempo simulaba pasar. Penetraba en las arrugas de sus manos y en los resquicios de las pocas cosas que poseía: el tarro donde hervía el agua para el mate, una canoa desvencijada, un perro escuálido, un brasero. Un domingo a la mañana mientras tostaba en el carbón del brasero unas naranjas, sintió el silbar de unos caminantes. -Cómo anda doña Nicasia- Los pescadores, asiduos visitantes del lugar, le dejaban siempre algunas provisiones que le habían sobrado: bebidas, restos de comida y un periódico para que envuelva los pescados que vendía. En la primera plana “Continúa la búsqueda de una menor que habría sido abusada por un turista extranjero en el humedal del norte santafesino”. Para Nicasia Achala que no sabía leer ni escribir esos signos nada significaban. Las cáscaras de naranja bullían en el jarro, el aroma del mate echaba su perfume y se abría sobre el humedal.

Gladys, la nueva

María Teresa Braccia

Hughes, Santa Fe

La puerta del aula se abrió y el portero entregó a la maestra de cuarto grado, la nueva, el registro que le mandaba la vice.

Otra vez, como en la escuela de la que venía estaba sola con sus chicos. Aquí el salón de clases era en realidad el comedor de la casa del director, los bancos dobles dejaban poco espacio para moverse. Los notó ansiosos, eran los últimos días de julio y la tercera maestra que cambiaban. Pensó en los que había dejado ella, en la sala contigua a la secretaría del club, en Guillermina. Los extrañaba. Se dijo a sí misma qué malo esto de trasladar a los docentes en la mitad del año. Los burócratas no piensan en los afectos. Los niños no entienden de categorías: reemplazantes, interinas, titulares. Ella tampoco. Pero ahora era titular. Y podría seguir estudiando en el nuevo instituto.

Dejó entonces el registro sobre el escritorio y siguió escribiendo en el minúsculo pizarrón el problema a resolver. Como los chicos empezaban a cuchichear ella puso además la palabra silencio y la recuadró. Después les dijo que sin moverse, había tan poco espacio, ellos les dirían sus nombres y apellidos. Recalcó que quería memorizar sus nombres, qué hacían sus papás, dónde vivían, en fin que quería conocerlos.

No eran muchos. Ese día la señorita Gladys puso en la lista solo dos ausentes. En PIRIS, ALONSO y MEDINA, NIDIA.

Al terminar la tarde la vice, reclamó el Registro y le contó que el varón formaba parte de una familia numerosa y él, que era uno de los mayo-

res, se ocupaba según hiciera falta, de repartir diarios o llevar a pastar a las ovejas a la orilla del arroyo que corría a escasas tres cuadras de la escuela. De la niña, Nidia, poco podía decirle. Hacía solo días su familia había llegado al barrio. El trámite de la inscripción lo hizo la directora con el padre, también había anotado a otro alumno en sexto. Por los datos su casa estaba a dos cuadras de la curtiembre, en el extremo noreste del plano de influencia de la escuela. El hombre era albañil y en el lugar de la madre figuraba una raya.

Al otro día apareció Nidia. Pequeña, para su edad, le faltaban dos meses, para cumplir once años. Menuda, El pelo largo y lacio, sin flequillo recogido con una cinta blanca. El guardapolvo tableado, almidonado, con moño atrás. Una cara ovalada, ocupada por dos ojazos oscuros y una naricita tirando a respingona. Se sentó con Laurita García que inmediatamente la tomó bajo su protección.

La semana siguiente hubo una función de títeres en el Gran Cine Teatro Reconquista, para todas las escuelas de la ciudad. Los chicos del grado llevaron a sus casas la nota para que sus padres los autorizaran a asistir y retirarse desde allí a las 17:30 hs.

En el intervalo, a las 17:15 hs, Laurita, seguida de Nidia, se acercó a la maestra a pedirle que las dejara salir.

-Por favor, señorita, por favor, si Nidia no está en su casa a las 17.30 va a tener problemas muy serios. Nidia, no hablaba, las lágrimas asomaban a sus ojos y el rictus de la boca anunciaba que estaba a punto de estallar en llanto.

-¿Qué hacer? se preguntaba Gladys. Minucha, la de sexto se conmovió y le dijo a su colega nueva: - vos y Delma ocúpense de mis alumnos y yo las llevo, están a dos cuadras de casa.

Después de este episodio, la maestra observó en otras ocasiones, el estado de ansiedad en que se ponía la niña, cuando llegadas las 17.30 se demoraba la salida.

Nidia comenzó a faltar. La directora en persona entregó a Gladys el cuaderno de visitas domiciliarias del grado para que averiguara las causas.

La maestra, después de las 17,30 acompañada por el alumno Piris y Laura García , los chicos más cercanos a Nidia, visitó su casa, tres veces.

Alonso Piris decía: - Yo creo, señorita, que usted viene de balde.

En una, la primera de ellas, la atendió el padre. Un hombre, muy parco, de piel clara, pelo oscuro, ojos achinados y gesto adusto que dijo que la niña estaba enferma. A su lado, una mujer pequeña, con un niño en brazos, ante la mirada del marido, expresó : -Así es. Más atrás, estaba un muchacho , que no habló.

La maestra, entonces, explicó que tenía que justificar su visita.

No se preocupe, dijo el hombre. Yo pasaré por la escuela, le dejaré a la directora el certificado. Cerrando la historia con el gesto de hasta aquí llego, entró a la casa.

En las otras dos, la misma mujer decía, de lejos : -Nidia está enferma, No volverá a la escuela.

Y, Nidia, no volvió. De hecho, Gladys, nunca más la vió.

Al año siguiente, sobre el fin de clases, a Gladys le dieron tres manzanas del barrio ubicadas al noroeste, cercanas a la fábrica de hilados de lino, con cuarenta y cinco viviendas para que hiciera el Censo Escolar. Era el mismo año en que mataron al presidente Kennedy.

Cuando llegó a la número cuarenta, con el sol a plomo y el calor del mediodía, golpeó con ambas manos de manera que se oyera su llamado. Pañales en la soga, gallinas y perros en el patio, indicaban que en la casa vivía gente.

Una mujer, un muchacho como de quince años y un nene de casi dos, salieron a recibirla.

La dueña de casa, después que Gladys explicó el motivo de la visita,

invitó: -Pase y apoye, No va a escribir al aire esos papeles. Y contestó las preguntas para que la maestra rellenara el cuestionario, mientras la miraba escribir.

El chico de quince años, sacó agua del pozo, y poniéndola en un vaso, dijo: -Sírvase.

Gladys se sentía observada, medida, presa de una sensación que no podía definir.

La mujer le dijo : -¿De veras, usted, no se acuerda de mí?

-No. No, señora. Y me precio de tener memoria para nombres y caras.

La mujer insistió : -usted estuvo en mi casa tres veces, con el hijo de los Piris, dos.

-El Alonso, el de los diarios, acotó el muchacho.

Allí a Gladys se le aclaró el recuerdo y comenzó a decir:

- Usted, es , es , es la madr...

- Si. La madrastra de Nidia Medina.

- ¿No es la mamá?. No

- ¿Y , Nidia, cuénteme, se sanó, va a otra escuela ?

- Hasta dónde yo sé no. Y clavando la mirada en la maestra, la mujer dijo : - Nidia es

mamá. La mamá de un varoncito.

- ¿Quién es el padre ?

- Haga un esfuerzo, imagine

El, el su... Si

Jennifer

José Luis Forcinito Vidal
Florencio Varela, Buenos Aires

El taco aguja se clavó en la grieta de un durmiente a la altura de la segunda señal. Se agachó, aflojó la hebilla para liberarse del calzado sin dejar de mirar la formación que avanzaba hacia ella. Cuando se incorporó el viento le levantó el vestido. La tanga roja puso un toque de color a la tragedia. Las “piernas perfectas” forman parte de la declaración del guardabarrera. Su grito de alerta fue tapado por el silbido de la locomotora. El maquillaje sobrecargado y la barba crecida reflejaban el pozo depresivo en el que estaba sumergida.

Durante el secundario lo conocimos como David. Se notaba a la legua que era diferente. Su mamá era profesora de idiomas y el papá, mecánico.

Fue la vieja la que lo volvió maricón, contaba el gordo Sosa que vivía en la misma cuadra. Siempre lo vestía de blanco y lo cagaba a pedos si se manchaba la ropa por jugar a la pelota. Debía tener nueve años cuando fuimos a festejar la primavera al Parque Pereyra con los compañeros de inglés. La profe había alquilado caballos de paseo y el borreguito, una vez arriba de la yegua entró en pánico y se puso a llorar como una nena.

En los recreos se juntaba con las chicas. Era una más: les copiaba los gestos, la forma de pararse, gritaba por cualquier cosa y se reía como ellas. Era un cráneo, cien por ciento conocimiento. En cuarto año derrapó. Estaban arreglando el gimnasio y nos trasladaron al campo de deportes del Club Atlético Quilmes, a unas veinticinco

cuadras de la escuela. Era la hora de regresar y David no aparecía. Una preceptora lo encontró debajo de la tribuna arrodillado entre las piernas de un compañero. Un quilombo terrible que no se pudo tapar. Los expulsaron. El papá no se lo bancó y lo metió pupilo. Los fines de semana, cuando volvía a la casa, lo encerraba en la pieza. La mamá le llevaba la comida en un plato. Preso lo tenían. Los padres se terminaron separando. Cuando el tipo se tomó el palo le dijo a David que para él estaba muerto. Eso le limó la cabeza al pibe.

Se quiso rescatar un par de veces pero no es cuestión de voluntad. A los veintitrés años se dejó el bigote y fue a Ezepeleta, al taller que su viejo tenía en la Avenida República de Francia. Hacía casi siete años que no se veían. Cuentan que fue a pedirle perdón. El padre lo miró, escupió el piso y bajó a la fosa, ignorándolo. David regresó a su casa, se afeitó, se puso el jardinero rosa de la madre y salió a caminar por el centro de Quilmes. Del jardinerito pasó a usar blusas y jeans de calce profundo. Iba así al profesorado, vestido de mujer. Poco antes de recibirse promulgaron la ley de género y cambió de nombre y sexo. La noche en que se graduó como profesora de historia fue hasta la casa de sus abuelos paternos, donde vivía su viejo, tocó timbre y cuando abrieron la puerta, de parada se puso a mearles la vereda.

Al poco tiempo consiguió una suplencia en una escuela privada pero algunos padres se quejaron porque un travesti les daba clase a sus hijos. Parece que los dueños del establecimiento le pidieron a la profesora titular que levantara la licencia para sacarse el problema de encima.

Sentía que no cuadraba en ningún lugar. Cuando le pintaba el bajón iba a trabajar sin afeitarse y con el mismo vestido todos los días.

Una tarde los chicos de 4° "2°" de la Media 302 la filmaron durante una clase. Se escuchaba muy clara la voz de uno: Modele, profe, modele. Pegue la vueltita. Y ella, como si estuviera arriba de una pasarela,

caminaba pegadita al pizarrón moviendo las caderas. Los borregos subieron todo a YouTube y el video se viralizó.

Estaba con licencia psiquiátrica cuando el tren le pasó por encima. El fiscal caratuló la muerte como “accidente en la vía pública” y se cerró la causa.

El lapacho y el caracol

Mirta Leonor Rodriguez

Lanús, Buenos Aires

Nació apenas iniciado el último siglo del segundo milenio. “Floreció”, aseguraba su madre, junto con los lapachos que engalanaban la Provincia en Las Colonias santafesinas.

Recibió el premonitorio nombre de “Ángela”, quizá porque llegaría ser “el ángel de muchos ángeles” en los quebrachales de su amada Provincia natal.

A pesar de su figura frágil, su suavidad y su dulzura, Ángela Peralta Pino era como los lapachos, los quebrachos y los algarrobos, maderas muy duras, de crecimientos lentos, capaces de resistir la intemperie durante siglos, o soportar como las que sostienen las ruinas, con las ramas amputadas, conservando las raíces para sobrevivir infinitos años dentro de las paredes de barro.

Ángel mío, ven a mí

- No puedo porque el diablo está allí.

- Abre tus alas y vuela aquí.

Y hacia ella volaron los niños para derrotar el analfabetismo, verdadero demonio a vencer, que unido a la pobreza daba por resultado la peor miseria, mientras que, con educación, se transformaba en dignidad promisoría.

Así lo supo Ángela desde que era niña, con una infancia en la que había tenido la posibilidad de estudiar música, leer a los clásicos, deleitar a

su familia con cuentos y recitados, bailando zambas y chacareras.

Desde muy chica, su vocación de ser maestra fue muy evidente. Inició la Escuela Normal “Santa María de Oro”, en Rafaela, aunque, cosas de la época, sus mayores no estaban de acuerdo con que continuara sus estudios y se vio obligada a abandonarlos, no sin antes conocer a Leticia Cossettini, que dejaría en su vida la inquietud por enseñar y la necesidad de modificar la enseñanza tradicional, adaptándola a los difíciles entornos a enfrentar, en medio de profundas crisis. Las hermanas Cossettini sembrarían la semilla de la Escuela Serena, que tanto beneficiaría a los privilegiados que concurrían a ella y las generaciones futuras de la Patria y del mundo entero. Las distancias, en un país pródigo en exuberante extensión, era un desafío a asumir, a Ángela Peralta Pino estaba reservada la quimera de transitarlo.

Pudo dejar sus estudios, pero no su vocación. La deforestación también había comenzado en su tierra santafesina y con ella, familias enteras, a menudo con muchos hijos, se trasladaban a los montes del norte, a los quebrachales y algarrobales, sobreviviendo con el trabajo duro de derribar árboles inmensos, añosos, a puro hachazos que dejaban los tocones sangrando sabia colorada. Algunos retoñarían, si el cemento no los sepultaba para siempre, pero necesitarían miles de años para volver a ser lo que habían sido.

Ángela había comenzado a bordar su ajuar de novia, la boda ya tenía fecha. Era lo único que se esperaba de una mujer en aquellos tiempos difíciles, casarse, tener hijos, dedicarse exclusivamente al hogar.

Se habrá debatido noches enteras entre el llamado de su vocación y los mandatos familiares, pero por fin, obedeciendo las mudas voces de los hijos de los peones que le pidieron, con el arcano lenguaje claro de sus ojos, que les enseñara a leer y escribir, tomó su irrenunciable decisión. Cuentan que fue durante una visita a una estancia cercana, aunque Ángela había recibido la propuesta de ser la maestra de la Escuela 942,

José Antonio Álvarez de Arenales, una escuela rodante que haría historia a su paso y dejaría profundas huellas a lo largo y ancho de un camino nunca antes andado.

En un vagón de ferrocarril pintado de blanco, con puertas abiertas a todos, escaleras en la que se ascendía al aula y al conocimiento, Ángela comenzó su largo itinerario que duraría varias décadas, entre los montes.

“Señorita, Ángela, esta es la escuela “caracol”, pero en lugar de comer hojas come ignorancia”, escribían los alumnos en el pizarrón, con la satisfacción de haber aprendido, por fin, que una “A” no eran tres palos, sino un símbolo que los libraba del flagelo del analfabetismo, con sólo saberla leer.

Dos puertas abiertas para “ir a jugar”. Dos escaleras para que “la farolera” encendiera las luces del conocimiento. Dos hileras de bancos para que “Martín, pescador, dejará pasar”, Como Ángela, pescadora de almas que no permitía que “el último se quedara”. Y siempre, siempre, la Bandera flameando sobre el techo de la Escuela, izada con unción todas las mañanas y, a veces, sin arriar por las noches, cuando la madrugada los encontraba reunidos junto a un fuego, creando, aprendiendo, disfrutando de la comunicación y el afecto que los unía con solidaridad, como un sagrado instinto de supervivencia que protegía a la creciente comunidad que se formaba alrededor de la escuela itinerante.

Ángela era una defensora de la escuela pública para todos, como una auténtica varita mágica que igualaba en oportunidades con sólo acercarse a sus aulas. Y si no se acercaban, la escuela iría a ellos, timoneada que era por una voluntad férrea y un corazón abierto. Pizarrón y escritorio recuperados completaban el lugar de tantos milagros cotidianos, que mucho veían y valoraban las familias de todos los alumnos.

En otro compartimento del vagón, un dormitorio, baño y cocina era la

vivienda “caracol” de la maestra, iluminada por un generador que la transformaba en luciérnaga en la noche, aunque todos la admiraban como a un faro en medio del mar boscoso y hostil.

Así, desde 1940 a 1962, la “señorita Ángela” fue sembrando conocimientos, además de huertas, jardines, gallineros, que repartía entre los habitantes, a lo largo de más de doscientos kilómetros, con la ayuda de un tractor que arrastraba al milagroso carricoche.

A medida que los árboles caían y los pájaros huían, llegaban los niños al humilde y generoso lugar, donde encontraban el milagro de aprender y la ternura de las caricias que Ángela repartía entre sus alumnos, sabedora que era, que sólo se puede enseñar y aprender con amor.

La mayoría de los chicos provenían de familias que construían viviendas precarias, de barro amasado con espartillo y esfuerzo, techos de paja, que era lo único que sobraba y lo único que podía conseguirse en esos lugares. Casi siempre, una sola habitación servía de vivienda a familias enteras, con muchos hijos, más los animales de granja que brindaban proteínas, y los perros que ofrecían calor, compañía y de vez en cuándo cazaban algún guazuncho, todavía bastante abundante, que se acercaba confiado a las casas.

Las mujeres comenzaron a reunirse junto al faro o a la famosa “escuela caracol”, para enseñar y aprender a tejer ponchos en telares precarios. La mayoría, a la luz de los faroles, en las noches de verano, después de la larga faena, aprovechaba la generosidad de “la señorita Ángela” para aprender ellas y sus esposos a leer y a escribir, ya que nunca habían tenido esa oportunidad hasta que “el caracol” no arribara a sus pagos.

El carromato cubría también necesidades sanitarias, sociales, ningún tema estaba prohibido si enseñaba, protegía, informaba en los duros parajes de los obrajes forestales de Santa Fe, con la única escuela rodante del país.

Ángela, Angelita, ángel guardián, no había podido alcanzar su título de maestra... pero fue una Maestra, creyente y militante de una misión tan difícil como valiosa.

En 1982, la Escuela Rodante fue convertida en museo y descansa hoy de sus trajines y andanzas en la ciudad de Tostado.

El 9 de noviembre, fecha del nacimiento de Ángela Peralta Pino, se celebra en Argentina el Día de las Escuelas Rurales.

Gracias a todos los docentes que siguen el ejemplo de esta pionera llevando la Escuela a todos los rincones de la Patria.

Ah... si todos supieran leer y escribir, como era el deseo de Ángela Peralta Pino, el flagelo del analfabetismo sería erradicado de la faz de la tierra.

Gracias, Angelita, por tu legado, por tu ejemplo que hoy continúa proclamando la inefable importancia de la Escuela Pública, porque aprender es un derecho irrenunciable de todos.

La nonna

María Sofía Abarca

Mendoza

Josefina tenía veintiocho años y se sentía vieja. Se llamaba Josefina, pero todos la conocían como “Chicha”, aunque yo le decía, simplemente “nonna”.

Tenía dos hijas y se había casado con un hombre diez años mayor que ella. Se conocieron en Arroyo Seco cuando Josefina cumplió apenas quince años, en un baile de esos que tenían las sillas dispuestas en círculo.

Nadie le dijo que podía estudiar o que podía ir a la escuela. En su lugar, se dedicó al corte y a la confección para ser modista, profesión a la que aspiraban muchas mujeres de su misma generación. Era eso o ir a la fábrica.

Aprendió a cocinar en la humildad de su hogar y muchos secretos de la famosa cocina italiana del inmigrante se los heredó su madre, la señora Rosa. Josefina tenía una mano exquisita para la cocina, habilidad que fue explotada en Buenos Aires, en el restaurante que abrió en plena capital; y destreza que luego, también, la heredarían sus hijas.

Yo nunca la escuché hablar en italiano aunque mi mamá me cuenta que hablaba, para que ella no entendiera, de cosas que siempre serían un secreto, como ella misma, como Josefina, una mujer joven pero con el alma vieja. Siempre se sintió vieja.

Un día, habían ido al río y ella no se animaba a ponerse un traje de baño como la gente: todo cerrado, todo negro, avejentado. De alguna

manera, sentía que le correspondía: las mujeres debían vestir recatadas, sin ostentar y sin llamar la atención.

Yo creo que si Josefina hubiera tenido la oportunidad de estudiar, habría podido sentirse más joven. Hubiera sido, sin duda, la mejor ingeniera, abogada, o profesora, porque tenía esa calidad para hablar y para hacerse entender tan propia que hasta el mejor orador la envidiaría.

Pero no, la costura y la máquina de coser habían sido sus únicas maestras, las que guiaron un estilo de vida casero: la vida se redujo a la casa y a la familia. Si el hogar quedaba solo, allí, sobre Roque Sáenz Peña, ella no podía salir. Siempre tenía que haber alguien en la casa, casa que ahora, después de tantos años, habita gente desconocida.

Sin embargo, esto no era lo peor, lo peor era que se sentía vieja. ¡Una mujer joven, llena de vida, con tantas virtudes! ¿Por qué iba a sentirse vieja?

A las cero horas del nueve de mayo de 1980, atestiguó la primera transmisión de televisión a color. ¡Sus ojos claros lo habían visto todo! Pero le quedó tanto por ver. Si no se hubiera sentido tan vieja, si hubiera sabido que la mujer podía vestirse de otra forma, podía arreglarse y podía vivir libre, seguramente hubiera vivido más tiempo.

No sé qué tanto de verdad tiene esa frase que dice: “todos somos jóvenes, hasta que nos morimos”, pero Josefina no pensaba así. ¡Si viera la libertad que tiene la mujer hoy en día! ¡Si hubiera vivido un poco más para verlo! ¡Para ir al río San Javier o al Salado, con una bikini o con una malla de colores! Pero ella se sentía vieja y no solo eso, se sentía una “mujer vieja”, aunque falleció joven, no llegando a cumplir los ochenta años

A pesar de todo, yo sabía que mi abuela, la nonna como le decíamos, tenía plena consciencia de su papel de mujer, de su protagonismo y de su defensa en todos los ámbitos de la vida.

Me acuerdo que, en una oportunidad, me animé a contarle que el chico con el que estaba saliendo me había dicho que me operara la nariz, porque tenía la nariz grande y me veía fea. Se lo conté, disconforme, como echándome la culpa por tener algo en mi rostro que a otra persona le disgustaba. Tiempo después, el pobre tipo no quiso salir más conmigo y yo le fui a contar. Ella me respondió, con la sabiduría antigua que siempre tuvo:

- Mejor, mi amor, que se vaya. Y vos sabés que eso que me contaste, que él te dijo que quería que te operaras. Eso -me reveló, sorprendida- se llama violencia. Violencia de género o no sé cómo le dicen hoy en día.

Gilgamesh

María Eugenia Carru

Tostado, Santa Fe

De niña, me recuerdo aventuradamente feliz viviendo entre dos mundos...el de los hombres, y el de las mujeres...

Nací un 13 de octubre de 1977, tras un parto dificultoso asistido por fórceps. Las enfermeras me vistieron de rosado y me colocaron aritos, me envolvieron con una hermosa manta tejida con muchas puntillas blancas y me entregaron a los brazos de mi papá.

Crecí en una familia tradicional, y durante mi infancia mi mamá, tías y abuelas me educaron con mucho cariño y disciplina. Aprendí a limpiar, cocinar, lavar, coser, tejer, bordar, y cuidar a mis hermanos. En esos tiempos, a las nenas no nos dejaban patear pelotas, ensuciarnos o jugar con espadas... pero a la hora de la siesta, nos juntábamos con mis primas en el patio de la casa de los abuelos y en escondidas, desplegábamos un campo de guerra, avanzando cuerpo a tierra, nos tirábamos naranjas como si fueran granadas. También hacíamos pulseadas y peleas de esgrima con palos de escoba. Nos gustaba demostrar que también éramos fuertes.

-¿Por qué te gusta tanto el mundo de los hombres ?, me decía mi papá. Yo no entendía mucho la pregunta, pero sé que era él la persona que me abría las puertas a la excursión. Me compartía sus historietas de Nippur de Lagash, y yo las prefería en lugar de las novelas románticas de mama. Nippur era mi superhéroe favorito, me fascinaba porque era fuerte, rústico, viajero, sabio y justo, un experto en usar la espada y las palabras en los conflictos que se interponían en su camino.

Era mucho mejor que los héroes con capa, los que usaban telas de araña, o andaban en autos fantásticos.

Los domingos a la mañana íbamos con mi viejo a la revistería para comprar el diario para el abuelo y traíamos “La Rosa”, que era como un “fixture” de las carreras de caballos. Mientras mamá cocinaba, él estudiaba la grilla y me daba revistas viejas porque me encantaba leer el nombre de los caballos: “Pretenciosa”, “Tornado”, “Rayo veloz” “Calígula”... Después de almorzar, algunas veces me llevaba con él a la sede centro del Jockey Club, y entre el humo de cigarrillos, olor a whisky y gritos de aliento, yo miraba con emoción las carreras que se transmitían en el televisor que estaba en la sala. Mi viejo apostaba, ese era uno de los otros vicios que tenía.

Una vez compró con su amigo “Polo” un caballo de carreras que se llamaba “Super Habil”, y se endeudó hasta los huesos. Era una yegua, muy preciosa y admirable. Un día llegó su gran debut pero no ganó, salió séptima a pesar de todo su esfuerzo. Ese día descubrí que las yeguas corrían en las carreras, y a veces también ganaban.

Cuando mi mamá se enteró de la inversión fracasada de mi papá, se armó una gran discusión en mi casa (no voy a defender a mi viejo, porque ella tenía razón). Todos nos fuimos a dormir peleados y tristes, hacía mucho frío, me acosté y me tapé hasta la cabeza, imaginando que Robin Wood escribió un capítulo para nosotros...”Nippur y su amigo Gilgamesh, el inmortal, caminaban en las cercanías de Meren, donde se encuentran una niña desprotegida en el camino y la llevan con ellos a vivir aventuras. Nippur le enseña los secretos de la vida y de la espada, le advierte sobre el mundo de los hombres, le enseña a camuflarse y hacerse respetar. Eustia cabalga sobre el lomo de Super Habil, disfrutando del viento sobre su cuerpo y el calor del sol sobre sus espaldas, entre los mundos...”

Superviviente

Juno M. Leone

Rosario, Santa Fe

Historia de Marcela Daniela Viegas Pedro, mujer trans, activista y superviviente de la dictadura cívico-militar

Empecemos por el golpe. No solo el golpe de estado cívico-militar que gobernó a la Argentina del '76 al '83, que utilizaba secuestros, torturas, desapariciones forzadas y robo de bebés como forma de “reorganizar la nación”, dictadura hoy reconocida judicialmente como genocidio. Sino también el golpe que Marcela le dio en la nariz al Jefe de policía de la provincia, golpe que no solo no fue previsto por el agente sino tampoco por la misma Marcela que lo hizo por impulso, aunque hacía tiempo venía con ganas de reacomodarle la cara a algún cana. Era de noche, momento en que las vagas y las enfermas salían a escandalizar las plazas y seducir a los hombres casados que no deseaban más a sus mujeres, o que siempre habían sido al menos un poco desviados. Estaba fresco, más no hacía frío, y ellas habían salido a las plazas a ver si calentaban a alguien a cambio de unos pesos para poder vivir. Como siempre, llegaron los estigmas sociales y los emblemas de odio de parte de los canas que disfrutaban de violentar a las prostitutas cuando no eran sus mejores clientes. Ellas no tenían otra forma de sobrevivir si no era entregando su cuerpo a la sed nocturna de los hombres.

Con la piña que dejó desconfigurado al policía, comenzó para Marcela una huída que terminaría con ella exiliándose en Buenos Aires. Recaló en la Ruta Provincial 4, en el camino de cintura, hoy llamado Camino

Diego Armando Maradona (quien algunas relatan que “cada tanto se comía un trava”). La venta de cuerpos se hacía cada vez más ardua, teniendo que no solo conseguir clientela y evitar ser asesinada, sino además evadir a la pesada ley militar que se le quería imponer. Las ruedas de los autos militares cada vez pasaban más cerca y las noches se iban poniendo cada vez más frías y desoladas. De a poco, las rutas habían empezado a ser iguales entonces si era la cintura, el negro o dieguito no importaba ya, con tal de poder dejarse enchastrar un poco por una cama y una comida. Y la persecución ya no era solamente correr. Ahora se estaba metiendo en casas, escalando paredones, cerrando con fuerza la puerta. Sentía los pasos de los gendarmes pisándole los talones pero ella siempre era más rápida y más todavía cuando el mundo entero podía ser su escondite, porque cuando terminaba de noche en un tanque de agua, Marcela se sentía invencible. Y de repente solo la acompañaban los latidos de su corazón, y miraba al cielo, o al techo, mientras retomaba la respiración, como demostrándole a los dioses que otra vez la travesti se había salido con la suya.

Sin embargo, la suerte se le acabó cuando los militares la chuparon en el camino negro, en el año 1977.

En el pozo ella se despertaba todos los días enterrada y aterrada. Tenía el cuerpo anudado anudado a una cama de chapa fría, y que el miedo hacía cada vez más dura. El aire parecía más denso y húmedo. La oscuridad y la suciedad no le permitían discernir si estaba sobre o debajo del nivel de la tierra. Entre el abatimiento y el dolor, apenas podía percibir las sensaciones que la rodeaban: había frialdad, había insectos, había pasos, habían gritos de dolor, había golpes y muchos silencios forzados que ocurrían de repente. Solo podía distinguir a quién le pertenecían los gritos cuando salían de su garganta.

Milicos malolientes, cachondos, desesperados por sacarse la leche. Seres malvados, perversos, intrigados por poner a prueba cuántos

voltios un cuerpo humano podía tolerar. Machitos ansiosos, violentos, perpetradores que necesitaban usar la fuerza para demostrarse a sí mismos lo buenos que eran para algo: violar. Oídos sedientos, orgullosos, egoístas, necesitados de los gritos de las víctimas que mantenían cautivas. Cuerpos uniformados que disfrutaban del dolor porque sobre todo eran militares que tenían el visto bueno para gozar de los cuerpos ajenos como si fueran un juguete de plástico.

Marcela no podía distinguir si sus días eran festivales de violaciones o si las noches eran macabros desfiles de tortura. Los gendarmes la encastraban y las picanas la perforaban. Su piel siempre estaba pegoteada, sangre, sudor, lágrimas y semen se mezclaban sobre y dentro de ella como un cóctel del horror. Y cuando al fin era dejada “en paz” unas horas en aquella insoportable cama, ante la desolación de la cárcel, empezaba a recordar, entre el perdón y el resentimiento. ¿Qué habrá sido de sus padres, portugueses, que ante la homosexualidad de su retoño la dejaron a su suerte en las calles rosarinas? ¿Qué habrá sido del cura Placensotti, que a los ocho años le ofreció entradas para el cine a cambio de un favorcito corporal, y que escondía detrás de la inocencia de la sotana un mar de perversiones terribles? ¿Qué habrá sido de sus compañeras también perseguidas, chupadoras chupadas, amantes nocturnas que ponían sus cuerpos como mercancía para permitirse seguir viviendo?

Sin tener forma de contar los días o mantener registro de las torturas, no pudo saber cuanto tiempo la dejaron sufriendo en esa jaula. Una noche, no sabe si por órdenes directas o si por aburrimiento, por fin la liberaron:

—Yo no me considero sobreviviente, me considero superviviente— recalca Marcela Daniela Viegas Pedro quien junto con Valeria del Mar es una de las dos supervivientes trans del Pozo de Banfield.

Una vez libre, con las secuelas de las torturas decorándole el cuerpo, a

los 17, pasó de ser un Natalia Natalia a una muchachita documentada de 21 años. Era el año 1980 y Europa le abría la puerta para una vida mejor. Se fue de una Argentina de imposibilidades, con policías que atormentaban, ambulancias que no paraban y libertades que cada vez se acertaban más.

Pantalones Versace. Blusas Chanel. Sombreros Loui Vuitton. Cabelle-
ra negra de princesa exótica. Cinturita delicada de porcelana, hecha
para que los hombres la cortejaran con suavidad. Caderones despam-
panantes que llenaban los vestidos de lado a lado y que con cada paso
se movían marcando territorio. Tetas elegantes y gigantescas que
terminaban de completar a la mujer en la que se había convertido. La
vida europea de Marcela era casi todo lo que siempre había deseado.
Sin embargo, “hay algo de una que siempre queda guardado en el
lugar que la crió”.

Ante el llamado sorpresivo del “¡Podés volver!”, Marcela agarró todas
las pertenencias que pudo y se tomó el avión que la devolvería a su
patria.

Era mayo del 2012 y Argentina la esperaba con los brazos abiertos de
los tribunales para ella y para todas las afectadas por el gobierno de
facto. Las abrazó como una madre preocupada que vuelve a ver a sus
hijitas después de un largo viaje. Y junto a otras prepararon homenajes
y derramaron lágrimas por las compañeras perdidas, desaparecidas y
fallecidas que nunca iban a poder contar los relatos de sus vidas con
sus propias palabras. Y se abrieron secretarías y se escribieron leyes
que garantizaban educación y salud para que nadie tuviera que
soportar lo mismo que ellas, para que existiera una opción que no
fuera la prostitución, para que la violencia de las noches no se las
chupara, para que pudieran tener una vida digna, y dentro de eso, para
poder tener una identidad.

Marcela Daniela Viegas Pedro no podía entender cómo, a los 40 años, era testigo de su propio documento. Con el nombre que ella usa desde los doce años, con el nombre al que ella responde. Las lágrimas le caían por la cara viéndose a sí misma en la foto impresa en el plástico. Se abrazaba a sus compañeras en llanto y moqueando de la felicidad que compartían. Esas travas hoy son reconocidas ante el mundo como mujeres.

Años más tarde, ya en 2018, con el nuevo documento, y traída la propuesta desde Buenos Aires en manos de Marcela misma, Derechos Humanos les concede la reparación histórica. Marcela es una de las primeras once mujeres trans reparadas históricamente por haber sido perseguidas durante la dictadura cívico-militar argentina.

Una vez legalizada, reconocida, libre, al fin alguien “se apiada de ella” y le ofrece un trabajo. Ahí es donde comienza su militancia política.

A pesar de sus encuentros y desencuentros con sus compañeros de la primera casita LGBTI de Rosario, a pesar de las ideas y vueltas, Marcela decide que ante tanta crueldad, hacía falta más empatía. Ella, que siempre se había visto sola, sin familia, como una entidad de la que solo ella dependía, se vio en la misión de des-individualizarse para acabar, aunque sea un poco, poniendo su granito de polenta, a la indiferente violencia.

Su cuerpo se había vuelto representación de un movimiento, sus manos eran redescubiertas como herramientas que no solo servían para seducir, su casa se volvió refugio para aquellas que sin otra alternativa, necesitaban alojamiento. La colectividad y el deseo de una Argentina más empática la llevó a organizar comedores y eventos, la llevó a arreglarse después de los desacuerdos, le dio un motivo de lucha, que ya no era la pelea por su propia vida, sino la discusión por la vida de todas.

Nunca creyó vivir para ver los cambios, para presenciarse a sí misma legalizada. Para verse junto a sus compañeras sin estar en una constante persecución, viviendo sin tener que recibir constantemente los golpes. La lucha nunca se detuvo porque si hay algo que no pueden evitar las travas es la politización de sus identidades. Y sin embargo, hoy esta trava se llama Marcela Daniela Viegas Pedro, y vivió para contar su historia.

La Negrita

Antonio Miguel Yapur
Colastiné Norte, Santa Fe

El corredor de la Costa Santafesina es una continuidad territorial, geográfica, cultural, económica y humana. Las particiones en distritos, pueblos y ciudades son simplemente una intromisión humana en la vida de la zona, entendiendo al concepto de vida en forma amplia, humana y no humana.

Los amaneceres costeros tienen esa sin igual calidez desde la primera luz que asoma en la mañana y cruza nuestros ríos, marcando de costa a costa el hilo luminoso, inquieto sobre el oleaje de sus aguas y se va ensanchando en cada instante hasta descubrir plenamente ese mar-rón pleno.

En nuestras costas la luz matinal descubre al pescador recorriendo su espinel, a los dorados saltando burlescamente y a sus orillas cubiertas de la arcilla que espera ser manipulada en su hechura.

Esa mañana yo estaba sobre la ruta esperando a que llegara desde Arroyo Leyes a Mirta, La Negrita.

Habíamos acordado en juntarnos en mi casa, en Colastiné Norte, porque se cumpliría la propuesta de grabarla en una charla informal sobre su vida, su historia, su militancia, sus convicciones.

Los que no conocen la Costa Santafesina quizás no puedan dimensionar muchas cosas de la vida cotidiana de un habitante de nuestro territorio, una de ellas son las distancias.

Nuestro albardón costero está delimitado en forma amplia desde el puente Oroño hasta el Arroyo Leyes hacia el norte, hasta el puente sobre el río Colastiné hacia el este y la laguna Setúbal al oeste.

Los que habitamos en él, somos hijos de una abundante historia de protagonismo desde los tiempos coloniales. Las aguas bajan en un permanente ir hacia el padre, el río Paraná y aunque parezca una mentira o una ficción, desde hace más de 30 años, los que habitamos el territorio hemos tenido que defenderlo vitalmente de los avances del negocio inmobiliario, pesquero, agro negocio y también de un crecimiento humano deformado y desordenado debido a una migración masiva de habitantes.

La unidad de nuestro territorio está lesionada, esa división en distritos que pertenecen algunos a la ciudad de Santa Fe (La Vuelta del Paraguayo, Alto Verde, La Guardia, Colastiné Sur y Norte) y otros a San José del Rincón y Arroyo Leyes, no obstante la realidad sigue resistiendo por esa unidad identitaria.

En ella convivimos múltiples colectivos sociales en un permanente juego de interrelaciones heterogéneas, identitarias donde las mujeres de la costa juegan un rol protagónico y de vanguardia, es necesario decirlo y de una manera no formal sino real, marcado por los acontecimientos y luchas que se han venido dando. En ese andar debemos nombrar a militantes sociales como Irma Gabutti en Arroyo Leyes, Marcela Fernández en Colastiné Sur por solo nombrar dos en la gran inmensidad de protagonismo que tienen las mujeres en toda la zona.

Y es así, en este marco, que este relato está personalizado en La Negrita o la Mirtita como le llamamos, le decimos o la identificamos a Mirta Alzugaray, ella es una persona que vive la complejidad de la vida con sencillez, calma, silencio, compromiso y permanencia.

Entonces habíamos acordado que la Negrita llegaría a Colastiné en el colectivo zonal y yo la esperaba en la ruta y de ahí iríamos hasta mi casa.

Para ello, para llegar, debía salir caminando desde su casa, que estaba a una distancia de más de mil metros de la ruta 1, a la altura del kilómetro 11 y allí debía esperar el colectivo que la trajese.

Antes de comenzar la entrevista preparamos el mate y luego comenzamos la charla. La iniciamos como habitual y hasta formalmente se inician esas conversaciones que luego se publicarían, entonces le lancé la pregunta de inicio, cómo te llamás:

“Bueno, mi nombre es Mirta Ester Alzugaray, viste que cuando éramos chicos, muchas veces te ponían el nombre de algún familiar, mi mamá eligió esos nombres por unas primas de ella a las que quería mucho y que ya no eran parte de este plano”.

Luego siguió, “nacé en 1967 en el barrio Centenario, a muy pocas cuadras del Club Colón, una barriada muy criticada y estigmatizada en esa época, se decía que a ese barrio vos entrabas, pero no se sabía si salías, pero, sin embargo, yo me crié en un contexto muy amoroso, de gente laborante, de calles de tierra que después se asfaltaron cuando construyeron el FONAVI.”

La Negrita hace más veinte años que vive en Arroyo Leyes y es justamente eso, una mujer de piel negra, una morocha deslumbrante no solo por su belleza física sino por su postura ante cada situación de la vida. Ella habla esencialmente de su negritud, “en realidad en mi casa, en relación a la negritud, como en todo el país, no se hablaba ni tampoco de los ancestros. En ese momento se sostenía el discurso que hasta ahora se sostiene de que todos habían bajado de los barcos y aparte, el apellido que yo porto es, Alzugaray por parte de mi papá y Giuglumet por parte de mi mamá no te remitían a nada africano, entonces siempre se sostenía que veníamos de los vascos por parte de los Alzugaray.”

“También ocurría que por parte de mi familia la mayor parte de los integrantes de mi entorno más cercano portaban el color blanco en su

piel, entonces una cuestión que me plantié durante mi infancia y mi adolescencia era por qué yo era la única que tenía la piel oscura en mi familia, es más, hasta la torturé varias veces a mi mamá preguntándole si yo no era adoptada porque mi papá tiene la piel oscura, pero no tanto como yo.”

“Entonces siempre fue una incógnita y siempre obviamente fui la negrita de la familia. A veces parecía o sonaba muy cariñoso ese apodo, pero muchas veces me pesó en el sentido de que no era lo suficientemente linda, no le encontraba un atributo positivo a esa negritud, al contrario, me pesaba, la sufría. Tengo un recuerdo muy vívido de mi infancia cuando algún vecino se acercaba y estando mi abuela presente que también era muy blanca, la mamá de mi papá, que sí era morocho y le decía –Ah, qué linda que está la Mirtita, mirá qué grande, mirá esos rulitos... Y mi abuela le decía, –Sí, negrita pero ¡es de simpática! Y eso es como una frase que te va martillando la cabeza”.

En nuestra Costa Santafesina, Mirta, La Negrita, es una militante territorial no solo de la negritud sino de las diversas luchas sociales y culturales de nuestra zona. Ella recuerda,

que desde los 21 años cuando pudo relacionarse con Mario López y Lucía Molina Sandez de la Casa de la Cultura Indo-Afro-Americana en Santa Fe, es donde comenzó ese

camino de descubrir sus orígenes africanos. En el cómo vincula su presencia en los movimientos sociales y aporta a vincularlos es que podemos observar su participación en la creación de la radio comunitaria Voces de la Costa.

En cada relato ella recuerda su origen y refiere a la relación amorosa en su familia y en el barrio que sella cada momento de su vida “tuve una infancia linda en un barrio donde en la navidad se cortaba la calle, se armaban los tablones y las familias se unían en la calle y festejábamos

juntos, eso era muy amoroso, había una relación entre los vecinos de amistad, de respeto y de cariño. Había puterío como en todo barrio, pero el tejido social era más de contención no como fue ocurriendo posteriormente que cada uno se fue metiendo dentro de su casa y por ahí, te importa poco lo que le pasa al del al lado, yo me crié en ese contexto y en esa época cuando era muy jovencita, te hablo de los 15 años”.

Es una activa militante, difusora y constructora de la afrodescendencia en Santa Fe junto a Lucía Molina presidenta de la Casa de la Cultura Indo-Afro-Americana y se remite a los principios del siglo XX, cuando fueron desenterrados objetos en el Arroyo Leyes, en el paraje Los Zapallos entre 1928 y 1936, allí descubrieron cerámicas que para muchos eran falsificaciones y fueron destruidas. Fue ello “un signo de la importancia de como era tenida en cuenta la cultura africana en la construcción de nuestra identidad.”

En esa identificación, la participación de La Negrita es permanente y esencial, en 2018, en el podcast apoyado por el Ministerio de Cultura de la Nación, “Arroyo Leyes, la encrucijada afroargentina” organizado por Lucas Contreras, aportó una de las opiniones ejes “lo que era antes indignante, no lo tomamos ahora como víctimas; tenemos que dar a conocer nuestra historia y, si lo hacemos, el dolor se puede transmitir con amor para que la gente entienda y se autoperciba”.

Mirta Alzugaray es una caminadora metro a metro de cada parte del territorio que habita, lo observa, conversa, escucha y participa en varios colectivos sociales de la localidad de Arroyo Leyes, uno de ellos es la Feria de Artesanos y Artesanas que funciona desde hace más de 20 años en el predio ferial.

Su andar tiene un único eje, la construcción colectiva de la sociedad, la necesidad de entender que los humanos no somos seres aislados, sino que pertenecemos a un “colectivo social...” , “la Feria nació por la

iniciativa de un grupo de personas de aquí mismo, de Arroyo Leyes, en el 2001 que las crisis económicas suelen traer. Ello generó una grupalidad” ... así surgió en aquel tiempo la propuesta de generar un espacio colectivo de Feria donde cada uno y cada una, pudiera mostrar lo que hace y poder comercializarlo”.

Recuerda que la feria comenzó en una callecita frente a la Comuna del pueblo, “más tarde, junto a otras organizaciones que tienen que ver con el trabajo social como Acción Educativa y una organización italiana, se gestiona un recurso para poder generar un espacio propio donde poder feriar.”

“Así nace en la vereda del otro lado de la ruta en el kilómetro 12,5 de la ruta provincial N°1, se comenzó con una quinchada con una galería y un techo de quincho de paja y un pequeño espacio que se utilizaba como cocina, y así logramos tener un espacio propio donde poder comercializar nuestros productos...”

La cerámica es para La Negrita un vehículo, una de las actividades ejes de su vida desde muy temprano, cuando llegó a la Costa se integró en el taller de cerámica de La Guardia que es otro distrito costero, dónde perfeccionó sus técnicas y pudo contactar los estilos y contenidos ceramistas de Arroyo Leyes, simultáneamente participaba en el programa de radio de la Casa de la Cultura Indoafroamericana en Radio Nacional Santa Fe.

Poco tiempo después, alrededor del año 2005, se inicia la instalación de la radio FM 98,5 Voces de la Costa, la primera radio comunitaria en Arroyo Leyes, donde la Negrita fue una de las actrices esenciales que permitió su instalación definitiva en el año 2008, “...la cerámica y la radio siguieron alimentando de información y dándole cada vez más sentido a mi militancia, fueron también herramientas en las cuales yo pude expresar lo que sentía como afrodescendiente.”

“...el arte, vuelvo a decirlo, es una herramienta poderosa para mí, no

solo la cerámica, sino también la pintura, trabajo la boijouterie en macramé y madera desde hace mucho

tiempo, con un puesto de ese estilo es que comencé a transitar el espacio de la Feria y es desde ese lugar también plasmo mi militancia, he pintado mates con imágenes y frases que hagan referencia a la africanidad, a militantes africanos y de distintas partes del mundo...”

Ser militante para la Negrita es una integralidad en el transcurrir de su vida, su identidad en la negritud no inhibe ni absolutiza su mirada social, al contrario, es su soporte, su raíz para participar en las movilizaciones sociales y políticas no solo de la zona costera sino, en las luchas de los diversos colectivos sociales de Santa Fe, “... los 25 de Julio se visualiza y conmemora el día de la mujer afrolatina, caribeña y de la diáspora, nos reunimos en algunas de las organizaciones que pertenecen a la Red de Afroargentinos y del Tronco Colonial “Tambor Abuelo”, para celebrar el día de la mujer...” “... y así comencé a escribir sobre las desigualdades que las mujeres negras tenemos en relación con el feminismo blanco.”

La Negrita camina, camina en escuelas, en organizaciones sociales, en talleres, en ferias populares, en casas, en nuestras calles de arena, camina y pregona, camina y teje, camina y amasa el camino de la esperanza colectiva.

Escribir la vida

Mabel Lucía Pruvost

Esperanza, Santa Fe

Conocí a Gloria de Bertero cuando se despertaba en mí la vocación por las palabras. Desde mi juventud e inexperiencia, miraba sus ojos claros, su esbelta y elegante figura que se acercaba a todos con simpatía y elocuencia innatas. Escuchaba su voz rica en matices, firme en su discurso. Gloria regresaba a Esperanza, una vez más, a presentar su libro "Por las heridas del tiempo".

Por su obra, quizás muchos puedan decir que dedicó su vida a la literatura. Fue promotora cultural, en el más amplio sentido. Creo que el motor que la impulsó fue el amor por su provincia natal, Santa Fe. Su bandera fue el rescate del anonimato de tantas mujeres que, desde el silencio, el esfuerzo, la creatividad, el tesón y el talento, hicieron grande esta tierra.

Nació y vivió sus primeros años en un establecimiento educativo de una zona rural del centro de la provincia. Ese lugar que marca y distingue la Escuela número 203 de Felicia. Hija de padres docentes por profesión y por profunda vocación. La naturaleza iluminó su infancia, enriqueció su pensamiento, cobijó sus sueños. Los colores de los jardines inspiraron su amor a la vida. Los trinos de los pájaros en libertad, susurraron su destino.

Aprendió sus primeras letras con sus padres.

"Fiel a mis raíces memoro a mi Felicia natal, el perfume lila de sus paraísos y el ruido quebrado de los molinos a viento, y en noches de

nostalgia, regreso al cruce de caminos donde se levanta la Escuela número 203 que fue mi hogar, donde dejé niñez y adolescencia y aun veo, como en una duermevela, levantarse la imagen de mis padres, mis hermanos y los primeros inolvidables amigos de mi infancia" rememora Gloria en el prefacio de uno de sus libros. Siempre reconoció que el placer de la lectura lo descubrió en su hogar, rodeada de publicaciones. Y allí también aprendió el valor de la amistad, de la colaboración y de la participación.

Tuvo sus momentos ingratos. Como cuando su hermana le reprochaba que no se dedicara a las tareas de la casa. En cambio, siempre estaba detrás de su padre, fuera de la casa. "Vas a ser una inútil", era su reprimenda, porque no sabía siquiera cocinar, como lo ha reconocido públicamente.

Su profundo amor al estudio la llevó a imitar a sus progenitores y a obtener el título docente. Fue maestra en varias localidades del centro provincial: Grütly, Nuevo Torino, Esperanza, Pilar. Hasta que el amor llamó a su puerta, contrajo enlace y fijó su residencia en Capital Federal.

Valoraba la amistad, sentía que ayudar a los demás era una ayuda a sí misma. Brindaba su trabajo en Buenos Aires, que no fue poco ni fácil, para dar a conocer la cultura y la impronta de la región que la vio nacer.

Muchas veces la distancia acentúa nuestros afectos. En Gloria, el desarraigo nunca se dio totalmente. El camino a seguir se iluminó cuando, durante un acto que llamó "Santa Fe en Buenos Aires" tuvo que nombrar a comprovincianas destacadas. Y creyó ser injusta con las que no conocía. Ese fue el origen de su gran trabajo. Dedicó su vida a rescatar recuerdos, construir puentes de palabras, reivindicar las acciones anónimas de tantas mujeres de la provincia, en una obra ingente: "Quién es ella en Santa Fe". Tres voluminosos tomos que promueven los nombres, las luchas, los logros y los sinsabores de

tantas personalidades que matizaron la historia de la provincia, aunque no siempre, mejor dicho, pocas veces, fueron reconocidas.

Apasionada por la investigación, hizo una convocatoria amplia. Ante cada respuesta, se dedicaba en cuerpo y alma, enmarcando cada biografía en el contexto histórico. Cada vida resonaba así en tiempo y espacio, en una dialéctica digna de los grandes protagonistas de las tradiciones escritas. Valoraba las circunstancias que afrontaron sus heroínas, el marco que las desafiaba y explicaba los caminos recorridos.

Bebió de las retratadas “la fuerza de sus luchas, de sus trabajos sin desmayo, la humildad... y una firme conciencia de que debemos ir hacia adelante, aún en el más silencioso anonimato” según cuenta en el texto que tituló “A manera de prólogo” en el primer tomo de su imponente diccionario biográfico.

En su obra confluyen historias simples y grandilocuentes, de mujeres que identificamos, recordamos, admiramos y ensalzamos, así como de solidarias y humildes vidas que entregaron todo sin esperar reconocimiento. Retrató las más diversas actividades: desde populares actrices, hasta filántropas, pasando por todas las especialidades artísticas o científicas, pioneras, deportistas y empresarias.

Gloria siempre destacó el esfuerzo y el estímulo de tantas comprovincianas que no se amilanaron ante las más inesperadas dificultades. Es que su vida también fue una lucha constante, fue una aventurera de la humanidad, una intérprete, que supo destacar a las protagonistas de todos los tiempos, Su única ambición era hacer bien su trabajo, mientras superaba pérdidas y sinsabores.

Si bien queremos destacar la inmensa labor emprendida por Gloria de Bertero al publicar los tres tomos de “Quién es ella en Santa Fe”, no podemos olvidarnos su prolífica tarea como cuentista.

Gloria, ante la pregunta de María Cecilia Maidana de Heer acerca del método que empleaba para escribir, contestó:

“Creo en lo mágico de la vida, y trato de verter esto en mis cuentos. No me gusta la rutina y le huyo; y esto se nota en mis libros. Reconozco que he sido marcada por mi vida anterior, en Santa Fe; siempre estoy tratando de volver a las fuentes, a mis orígenes, a mi formación.

“Vivo haciendo borradores mentales, ahí empieza mi trabajo. El que me ve piensa que no estoy haciendo nada, es como un ocio constructivo. En eso reside que soy muy despistada en la vida real, lo cual a veces me hace cometer algunos lapsus que no todo el mundo está dispuesto a olvidar. Pero el que me conoce sabe que para nada hago a propósito el mal.

“Tras esos borradores mentales se me presentan algunas urgencias de escritura, y ahí me siento y escribo sin parar, poseída. Luego corrijo, corrijo mucho, porque amo la palabra justa, el sonido adecuado. Quisiera que nada me sobre ni me falte. Admiro a los escritores que pueden hacerlo naturalmente.

“He recibido muchos premios. Me gustan, me hacen sentir más segura de mi labor. El más importante fue el premio Gala, en los Estados Unidos.

“¿Qué más puedo decir?... Soy una mujer muy alegre, que ha luchado y sigue haciéndolo, por mí también por el otro, aun cuando no siempre se entiendan las razones.”

Y aquí estoy yo, hoy, tratando de rendirle un pequeño tributo agradecido, a quien encendió su vida con el homenaje a tantas mujeres que iluminan la historia de la provincia de Santa Fe. ¡Qué hermosa inutilidad marcó su vida! Todos nacemos con utilidades distintas. Saber identificarlas, hacerlas fecundas, ahí está el desafío.



Antología
**MUJERES
DE MI TIERRA**

Nuevos Relatos

Rescata el papel central que desempeñan las mujeres en los ámbitos políticos, sociales, familiares, económicos y culturales de los municipios y comunas de la provincia de Santa Fe, reconociendo a aquellas que han contribuido a construir la historia de nuestras comunidades.



Santa Fe

PROVINCIA

Secretaría de Políticas de Género
Ministerio de Igualdad y Desarrollo Humano